



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA

POLITICA, ADMINISTRACION, CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, AGRICULTURA, COMERCIO, INDUSTRIA, ETC., ETC.

COLABORADORES: Señores Amador de los Rios, Alarcón, Arce, Sra. Avellaneda, Sres. A. Quintero, Añón (Marques de), Alvarez (M. de los Santos), Arce, Ayala, Alonso (J. B.), Araquistain, Anchorena, A. Bermejo, Arriaga, Ariza, Antonio Guerra y Alarcón, Arrieta, Balaguer, Baralt, Barzanallana (Marques de) Becerra, Benavides, Bona, Borao, Burrogo, Busca, Breton de los Herreros (Manuel), Blasco, Burrell, Buitrago, Calvo Asensio (D. Pedro), Campoamor, C. Núñez, Canals, Cañete, Carlot, Castejon, Castro y Blanco, Canovas del Castillo, Castro y Serrano, Calavia (D. Mariano), Calvo y Marti, Cazorro, Cervino, Cheste (conde de), Collado, Corina, Corradi, Colmeiro, Correa, Cuesta, Cusato, Sra. Coronado, Sres. Calvo Asensio (D. Gonzalo), Comera, Calhazquez, Calcañ, Dacarreta, Diaz (José Maria) Diaz Perez, Durán, Duque de Rivas, Echevarria, (J. A.) Espin y Guillen, Estrada, Echegaray, Equiz, Echevarria, Estrella, Eulate, Fabra, Ferrer del Rio, Fernandez y Gonzalez, Fernandez Guerra, Fernandez de los Rios, Fermin Toro Flores, Figuerola-Figueroa (Augusto Suarez de), Garcia Gaitero, Gaspar Bar, Gayangos, Galiste de Molina (D. Javier), Graells, Jimenez Serrano, Giron, Gomez Maria, Güel y Rente, Guellbenzu, Guerrero, Incenga, Harzenbusch, Iriarte, Janer, Jaumeandreu, Labra, Larra, Larrañaga, Lavala, Leizaola, Lucas Mallata, Lopez Guajardo, Lorenzana, Llorente, Lafuente, Macanaz, Machalo y Alvarez, Martos, Mata (D. Guillermo), Mata (D. Pedro), Mañé y Flaquer, Medina (D. Tristan), Morelo, Montesinos, Molins Marjús de), Muñoz del Monte, Múzarriga, Ochoa, Olavarría, Olavarría y Huarte, Orgáz, Ortiz de Pinedo, Olózaga, Pompilio Gener, Palacio, Pardo y Lastra, Pascual (D. Agustín) Perez Galloá, Perez Lirio, Pi, Margall, Poyo Rius, Rites, Revilla, Rios Rosas, Rivera, Rivero, Romero Ortiz, Rodriguez y Muñoz, Rodriguez (G.), Rosa y Gonzalez, Ros de Olano, Rossell, Ruiz Aguilera, Sagarmuñaga, Sanz Paraz, Sanz, Salvador de Salvador, Salmorón, Saromá, Selgas, Serrano Alcazar, Sellés, Tamayo, Trueba, Taberna, Talero, Ulloa, Valera, Velez de Medrano, Vega (Ventura de la), Vilar, Wilson (baronesa de), Zapata, Zobel, Zaragoza, Zorrilla, Sanjuan (D. Ramon de), Combarin y Barrio (D. Ramon), Acosta (D. Juan).

**PRECIO DE SUSCRICION**  
 España: 6 pesetas trimestre, 20 año.—Europa: 40 francos por año.—  
 Ultramar: 12 pesos fuertes oro por año.  
**PRECIO DE LOS ANUNCIOS**  
 España: 4 rs. línea.—Resto de Europa: 1 franco línea.—Ultramar: 4 rs.  
 sencillos línea.—Reclamos y comunicados precios convencionales.

Madrid 28 de Marzo de 1885

La suscripción en provincias se hará, como en Madrid, en las principales librerías, y directamente en nuestras oficinas, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo, letras ó sellos de Comunicaciones; optando por este medio deberá hacerse bajo certificado.  
 Administracion y redaccion, Salesas, 2, duplicado.

SUMARIO

Revista política, por Carlos Malagarriga.—La Unión-Hispano-Americana (continuación), por Ramón de Sanjuán.—Germinal, por Tomás Rodríguez Pinilla.—Fili-pinas y el Filibusterismo, por R. Ortíz y Beneyto.—La enfermedad de Europa, por Santiago Arambilet.—Leyendas muzárabes, clero y caudillaje, por Tomás Rodríguez Pinilla.—El Movimiento religioso en Europa y América, por Nicolás Díaz y Pérez.—Julín Romea, por Antonio Guerra y Alarcón.—La Cuerda de cáñamo (continuación), por Francisco Martín Arrúe.—Estados Unidos de Venezuela, por Hector F. Verela.—La Poesía Byroniana (continuación), por E. Gómez Cestino.—El gran problema, ensayo filosófico-religioso (conclusión), por Manuel Montero y Rapallo.—Revista de Madrid, por Eugenio de Olavarría y Huarte.—Anuncios.

REVISTA POLÍTICA

Quedaba pendiente la cuestión de las palabras dirigidas por el Rey á la Comisión catalana, y después de muchos dias la cuestión se ha dilucidado en el Congreso. Interpelado por el diputado republicano Sr. Portuondo, ha declarado el Sr. Cánovas, sin duda para salir del paso, que el Gobierno se hacía responsable de afirmado por el Rey, y aunque esto se opone á lo que dijo al principio, y aunque revela una contradicción en el criterio gubernamental, se ha dado por acabado el asunto.

No así con el de los obispos: el de Plasencia, en una carta dirigida á una cofradía de Barcelona, ha aludido de un modo inequívoco á los laicos que hacen protestas de religiosidad para mejor dañar á la Iglesia. El de Puerto Rico, á quien un terminante telegrama del secretario de Estado de Su Santidad había impedido interpelar al Gobierno en el Senado, ha reunido en un folleto cuanto se proponía decir, siendo los más notables, los siguientes párrafos:

«Y como, en efecto, los intereses perdidos por la caída del poder temporal del Papa, son muchos y sin cuento á los ojos de los católicos españoles, que constituyen la nación española, véase cuán sin amparo deja el Gobierno español al Soberano Pontífice en medio de su aflicción, y con cuánta razón decía yo que un deber de conciencia, como prelado de la Iglesia española, me obligaba á usar de mis derechos de senador para protestar abiertamente contra las dolorosas y tristes declaraciones hechas en ambas Cámaras por el Gobierno que rige hoy los destinos de España.

Pero ¿qué más me queda por decir, y que más por deplorar, que no haya dicho ya y no haya deplorado mi corazón?

Aún, sin embargo, me queda otro deber que cumplir: el de protestar contra la atrevida aseveración del señor presidente del Consejo de Ministros, cuando en el tercer párrafo arriba transcrito decía: «Si tengo, pues, la seguridad de que los carlistas en el poder obrarían como el actual Gobierno español obra respecto de la gran potencia que se llama Italia—refiriéndose, naturalmente, á la realidad de los hechos que en el mismo párrafo se consignan, hechos entre los que es el principal la ruina del patrimonio de San Pedro—si tengo esa seguridad, añadía el señor presidente del Gobierno, respecto al más ardiente de los partidos españoles en estas cuestiones, *figúrese su señoría qué pensaré de los demás católicos.*»

De atrevida he calificado esta declaración, porque lo es en verdad el acto del señor Presidente del Consejo de Ministros, al querer juzgar por el estado de su conciencia la conciencia de los demás católicos.

No, los católicos españoles, sin distinción, lamentan los dolores morales que afectan al Santo Padre; con él sienten sus inmensos su-

frimientos y oran con él, y con él piden á la cabeza invisible de la Iglesia que acorte los dias de la tremenda prueba por que está pasando, y fortalecidos con sus oraciones esperan el triunfo prometido por Aquel que declaró que los enemigos de la Iglesia no prevalecerán jamás contra ella.

Protesto, pues, contra la ofensa hecha con esas palabras por el señor presidente del Gobierno á la conciencia de los católicos españoles.»

El ataque es tan rudo, que el Sr. Cánovas se ha apresurado á declarar en el Congreso que no consideraba al obispo más que como un folletista cualquiera, y que no ha mandado que se le procese por no haber atacado al Rey.

Además de esta cuestión de los obispos, cuya gravedad ha de verse antes de mucho, ocupan la atención pública los desgraciados sucesos de Río de Oro, donde un puñado de comerciantes españoles, en factorías recientemente establecidas, han sido víctimas de los salvajes de aquellas costas, perdiéndose así el trabajo obtenido durante los últimos meses por viajeros y comisiones, cuya obra merece más protección que la que le ha dispensado el Gobierno.

En buena ocasión se ha lanzado, sin duda como *ballon d'essai*, la noticia de próximas variaciones en el modo de ser de nuestro organismo político, que se trataba de asimilar al alemán con su canciller irresponsable.

Se hallan hace poco dias en Atenas el príncipe imperial de Austria-Hungria y su esposa, donde son objeto, por parte de la familia imperial y del pueblo de las más cariñosas demostraciones.

Los periódicos oficiosos de Viena han afirmado que el viaje de los principes no reviste

carácter alguno político; que si un acorazado de la marina imperial surca los mares de Oriente, es sólo por placer de los jóvenes príncipes, y que la hospitalidad ofrecida á ellos por las reyes de Grecia, es sólo un procedimiento cortés y afectuoso de dinastía á dinastía. Pero sabido es que los herederos de las casas referentes saben acomodar perfectamente sus gustos á las exigencias de la política de sus padres, y á dudar no ha lugar que el archiduque Rodolfo y la archiduquesa Estefanía hubiesen insistido en ir á la hermosa y antigua ciudad, si su aparición en la capital helénica hubiese tenido que contrariar las miras del Gabinete de Viena.

En más de una ocasión hemos señalado la convergencia que parece existir entre las tendencias de Austria-Hungría y Grecia, sobre la península de los Balkanes; hemos expuesto la atracción que el imperio danubiano quiere ejercer sobre el reino helénico, á fin de unirlo á sus miras y hacerle entrar en la esfera de su influencia. Algunos síntomas de esta política se manifestaron ya á principios del mes de Noviembre de 1884, cuando el conde Kalnoki anunció á las delegaciones reunidas en Budapest, las negociaciones entabladas entre Viena y Atenas, para llegar á la conclusión de un tratado de comercio entre los dos Estados, añadiendo que esperaba llegar á un acuerdo político entre los dos Gabinetes.

Las declaraciones del ministro de Negocios extranjeros austro-húngaro, fueron confirmadas por el presidente del Consejo helénico, Sr. Tricoupis, el cual, contestando á una interpección, se extendió con marcada complacencia, sobre las buenas disposiciones de la monarquía de Hapsburgo, hacia el reino de Grecia.

Un incidente mucho más reciente, ha puesto en evidencia la simpatía y el prestigio que Austria empieza á gozar en la parte meridional de la península balkánica. A causa de la agitación organizada por los búlgaros en la Macedonia, los griegos de aquella provincia, inquietos y celosos de las aspiraciones demostradas por sus compatriotas slavs, hicieron demostraciones contrarias para recordar á Europa su existencia y sus pretensiones. Los helenos originarios de la Macedonia y residentes en Atenas, hicieron una enérgica protesta contra el desprecio y el olvido de los derechos de su raza, y la dirigieron á los representantes de las potencias europeas en la capital de Grecia. Mas con preferencia evidentemente calculada, los delegados de los macedonios hicieron su primera visita al ministro plenipotenciario de Austria-Hungría, y este diplomático, que les dispensó cordial acogida, reconoció la legitimidad de los derechos de la raza helénica á una parte de la Macedonia contigua á la Tesalia.

Interpelado el Gobierno italiano en la Cámara alta sobre la política colonial, el señor Mancini, ministro de Negocios extranjeros dió las explicaciones siguientes:

«La iniciativa que Italia ha tomado en el litoral del Mar Rojo no constituye un cambio de su programa político, y está conforme con las grandes tradiciones y á la posición geográfica de Italia. Esta nación no debe soñar en conquistas territoriales, pero si en la extensión de su influencia política y comercial y en la de su acción civilizadora.

«La alianza de Italia con las potencias centrales, y la alianza, ó por lo menos el buen acuerdo con Inglaterra en lo que concierne á los intereses marítimos del Mediterráneo, han sido siempre el programa preconizado por el Gobierno. La comunidad de una acción especial con Inglaterra no contradice nuestra alianza con Alemania y Austria. La completa, por el contrario, y constituye la mejor garantía para la paz europea.»

El orador añadió que si no aceptó en 1882 la proposición de intervenir sin condiciones en Egipto, es porque había resuelto no aceptar ningún compromiso que pudiera alterar los pactos celebrados con Alemania y Austria-Hungría. Ultimamente ha visto el Gobierno italiano unirse pacíficamente Inglaterra y Ale-

mania. Debido á esta política, ha sido la presencia de un príncipe italiano en las fiestas de Berlín, que con los príncipes ingleses, participó de la fiesta de familia del glorioso emperador, que representa no sólo victorias de su pueblo, sino también la paz de Europa.

Las ocupaciones de Italia en el litoral del Mar Rojo contribuyen á la pacificación de Egipto, ejercen influencia sobre la solución definitiva de la cuestión egipcia, y consolidan por los servicios que ellas proporcionan las soluciones de Italia con Inglaterra.

No hemos llegado aún al término del período de las anexiones y de los protectorados alemanes. Hace pocos días se recibió la noticia de que una casa alemana acababa de adquirir en Lagos (costa occidental de Africa), derechos sobre cierta extensión de territorio; hoy se sabe fijamente que lo que había sido puesto en duda es la verdad, y que el pabellón alemán ha sido izado en Africa (isla Samoa), en garantía del cumplimiento de los tratados de amistad celebrados con las islas de Samoa. Es cierto que el agente alemán ha sido desatendido sobre las reclamaciones de Inglaterra y de los Estados Unidos, que tienen derechos sobre aquellas islas; pero una nueva complicación acaba de producirse. Las islas de Samoa han solicitado ser anexionadas á la posesión inglesa Nueva Zelanda. Sin embargo, el conde Herbert de Bismarck ha sido enviado á Londres para restablecer el acuerdo con Inglaterra, y dicen que ha obtenido resultado. Es de creer, pues, que las diferencias con respecto á Angra Pequena, los Camarones, Nueva Guinea y otros, podrán conciliarse.

Resulte lo que resulte, hay disposiciones en Alemania, bajo el punto de vista colonial, que vale la pena que se conozcan. No faltan en los periódicos artículos sobre la cuestión, pero puede desprenderse de su actitud, que la apreciación respecto de los resultados que pueden obtener es muy reservada.

¿Será cierto, como se dicho en el Reichstag, que el movimiento ha salido de un círculo limitado y no halla eco en la generalidad, y que sólo ha dado resultado en parte, gracias á que el canciller se ha convertido hacia ciertas ideas que en otro tiempo combatió? Bismarck nunca ha querido más que proteger á los comerciantes alemanes en los puntos donde se han establecido, y jamás ha sido partidario de la fundación de colonias.

Estas fundaciones son el objeto de varias sociedades que acuden al público en demanda de ayuda, pero el público no responde. Mientras el Parlamento alemán ha votado más de diez millones de marcos para las colonias, las compañías privadas luchan con la indiferencia de los particulares.

CÁRLOS MALAGARRIGA.

## LA UNION HISPANO-AMERICANA

### CONTINUACION DEL CAPITULO II

#### Geografía topográfica é historia de Méjico.

Al día siguiente de la sangrienta victoria, mandó Cortés que llevaran á su presencia los presos que se hicieron en la campaña del día anterior; los recibió con la amabilidad que le era propia, tanto mas, cuanto que los indios se presentaron temerosos, con los ojos en el suelo y todos sus miembros en conmoción violenta, temiendo sin duda que iban á ser objeto de un acto de barbarie como los que ellos efectuaban cuando caían alguno de sus enemigos entre sus manos; estos infelices, puesto que infeliz es el que en su mente no ha entrado la luz divina de la religión piadosa, y sólo existía en aquellos acerados corazones la impiedad que les ordenaba los ritos de su idólatra religión; sacrificios y más sacrificios y la sangre se derramaba á los pies de unos dioses de repugnante aspecto, no tanto por la fealdad del delito como por la configuración dada por el escultor, que no se saciaban nunca de sangre humana.

Extrañados de la benevolencia con que habían sido acogidos, y aún más, cuando puestos en libertad corrían por entre las malezas llevando algunas cuentas de vidrio, en busca de sus compañeros, dando voces de alegría y volviendo la vista, como temerosos que les arrebataran el rico regalo hecho por Cortés.

A esto y al escarmiento se debió á que á las pocas

horas se presentasen unos indios llevando sobre sus hombros varios cargamentos; era su aspecto no muy distinguido, cosa que reparó Aguilar, pues era costumbre que en tales casos fuesen los principales indios como demostración de veneración; Aguilar dió á entender á Hernán-Cortés aquella descortesía por parte del cacique y dispuso que no fueran recibidos mientras no llegasen los embajadores que correspondía al elevado cargo de Cortés, como embajador que era del príncipe más poderoso de la tierra. Retiráronse los enviados sin otro inconveniente. Al día siguiente, presentáronse los enviados del cacique de Tabasco, con multitud de criados que llevaban sobre sus hombros cargamentos para los españoles, como rico presente de paz; eran los embajadores de buen porte y adornados con plumas de colores tan vivos y tan bien combinados, que parecía más bien fino tegido: de sus orejas pendían gruesos adornos de oro, é igualmente tenían más adornados sus brazos; extendieron los criados los presentes ante la vista de Cortés, entre los cuales había algunas láminas de oro; después de mil reverencias y envolverlos en el humo aromático que les arrojaban con un brasero, acto únicamente permitido para á los que, como sus dioses, les imponían el respeto y la admiración; disculpáronse luego de la guerra pasada y basaron su disculpa en una base tan firme, que era imposible el rechazarla; en la patria y la independencia de la misma, hirieron sin ellos saberlo la fibra del corazón de Cortés; le hablaban de la libertad del suelo patrio y le ponían ante la vista la historia de ocho siglos de su España cautiva por la media luna; al fin se ajustaron las paces, saliendo satisfechos de la acogida que les había dispensado Cortés. A las pocas horas presentóse el cacique acompañado por un séquito numeroso y lucido, si es que se nos permite dar el calificativo de lucido á la desnudez de su acompañamiento; pero sino á la vista siempre materialista, era lucido bajo el punto de vista moral aquellos hombres casi desnudos con aquellos brazos y piernas robustas, aquel pecho abultado y bronceado como todo su cuerpo, que el día antes luchaban con la fiera del tigre, se manifestaban en aquel momentos nobles como el león: es decir, aunque fieras, nobles; iban á efectuar quizá por la primera vez la capitulación con los hombres de la civilización y por consiguiente, debía llevarse á cabo el cambio de la oscuridad á la luz, de la ignorancia á la ilustración, del olvido al recuerdo, de lo pasado á lo presente y los españoles iban á llevar á aquellas regiones todo lo que existía en nuestro mundo civilizado y como era para ellos el rayo de bienestar y de riqueza, le llevábamos lo que era lo más sublime, la civilización.

Traía el cacique igualmente que anteriormente sus enviados, multitud de presentes; recibió Cortés á este príncipe y le dió palabra de mantener la paz con ellos; en las palabras del cacique había la sinceridad del que acostumbra á decir verdad, sin faltar á los ardidés diplomáticos. Dejaron la sesión y despidiéronse con cordialidad. Cortés ganando un apoyo, el cacique un amigo.

Mas el cacique gustaba tanto del trato de nuestros compatriotas que volvió al día siguiente, llevando como regalo con unas veinte mujeres, ricamente ataviadas, según la costumbre de allí, para que sirvieran en sus viajes para moler el maíz para fabricar el pan. Entre estas había una de sobrenatural belleza, hija de un cacique comarcano á Tabasco, que habiendo caído presa en pasadas contiendas, se le había dedicado á estas faenas; como veremos, tuvo un gran papel en la conquista.

Era necesaria la partida, y fué señalado el domingo de Ramos para efectuarla; este día preparóse todo, pero antes de darse á la vela oyeron misa en un barracón construído por los indios, que se daban mucha maña para tales construcciones, efectuóse el ceremonial de costumbre en este acto pontificando el venerable fray Bartolomé de Olmedo.

En aquel momento supremo, ¿qué no sentirían aquellos corazones cuando días antes empuñaban con frenesí, con el frenesí que produce la defensa de una vida expuesta? No lo sabemos, pero lo prevemos; la espada se convertía en palma; el enemigo en amigo que con extrañeza admiraba aquel acto para ellos desconocido.

Salieron de aquel lugar é internándose bien pronto en el río de las Banderas, ya descubierta por Grijalba, llegaron á San Juan de Ulises; la escuadrilla echó anclas y preparábase á desembarcar cuando dos canoas aparecieron en las aguas en dirección hacia nuestros buques; dirigieron la palabra, pero no eran entendidos, pues el idioma era distinto á los de Tabasco y Yucatán; pero bien pronto vino el cielo en ayuda de nuestros expedicionarios. Marina, la india cautiva por el cacique de Tabasco, y entregada como esclava á Cortés, manifestó á éste que ella entendía aquel idioma, pues era el mejicano, y por esta intérprete llegaron á saber que los gobernadores de aquella provincia, militar uno y civil el otro, en nombre del príncipe de Motezuma, deseaban saber el motivo y las intenciones de aquellos extranjeros, díjoles Cortés que subiesen á los bajeles, lo cual hicieron, sin la menor demostración de temor agasajóles Cortés, y les dió que su objeto no era otro que el querer tratar con el príncipe de Motezuma, y por tanto, desearía ver á sus gobernadores, marcharon contentos y satisfechos de la acogida.

## GERMINAL

DE  
E. ZOLA

Al día siguiente desembarcaron y construyeron barracas para guarecerse de los rayos solares, que se hacían insoportables, dedicando una de estas al templo de Nuestra Señora, contribuyendo en todo los indios instigados por las brujerías.

Así pasaron algunos días, hasta que fueron á visitar á Cortés los gobernadores de aquella provincia recientemente sometida al gran Motezuma. Los recibió Cortés como él sabía hacerlo, y mandó que se dirigiesen á la improvisada iglesia; después de ella los invitó á comer, lo cual demuestra que no es hoy solamente cuando se trata de la política comiendo; después de esto los embajadores Teutile, general del ejército mejicano, y Pilpatoc, gobernador de aquel territorio; manifestaron que podían disponer de todo cuanto necesitasen, pues esa era la orden que tenían recibida de su príncipe: Cortés les dijo á su vez que él era enviado de un gran rey, y que deseaba ver al rey de aquellos vastos territorios; no era esto lo que querían los embajadores, puesto que se excusaron de tal asunto, puesto que su rey no se dejaba nunca ver ni de su pueblo.

No hemos de dejar pasar un detalle que, aun cuando no es de interés, es sumamente curioso. Mientras Teutile, Pilpatoc y Cortés conferenciaban, unos indios pintaban á nuestros objetos y soldados, como para dar á conocer á Motezuma las armas, vestuario y todo aquello que les parecía de interés; pero según algunos historiadores, se parecían bastante las figuras allí dibujadas con el original; según otros, sólo trataban de parecerse, y lo que no podían hacer con el pincel lo hacían con signos colocados al margen del lienzo. Cortés dispuso que se hiciese un simulacro para festejar á aquellos enviados; formóse la tropa, sonó el cañon y el ruido del combate dejó oír su estampido, pero estampido lleno de vanidad y diplomacia, pues hizo efecto en el ánimo de los indios, y los pintores afanados dibujaban nuevas figuras, como el humo, el rayo y el movimiento y animación lo expresaban con sus signos particulares.

Después de esto, despidiéronse llevando para su rey una silla labrada, un gorro de terciopelo con medallas de oro; tal fué la primera visita que recibió Cortés de los embajadores de Motezuma.

Desconfiados los embajadores, mandaron construir algunas barracas y poblaronlas con gente de su confianza, dieron aviso á Motezuma y le remitieron el regalo y los lienzos. Al cabo de siete ú ocho días volvieron otra vez Teutile y Pilpatoc, llevaban un regalo de Motezuma para Cortés; extendieron todos ellos delante de éste, el cual no pudo por menos de estrañar las bien tejidas telas de algodón, objetos hechos de plumas imitando lo natural, dando el claro y oscuro, siendo muy bellos á la vista, tanto por lo bien trabajados, como por la viveza de sus colores; arcos, flechas, láminas de preciosos metales, maderas riquísimas, joyas de oro y perlería, en una palabra, un regalo del verdadero soberano que tenía grandes riquezas.

Teutile luego dirigió la palabra á Cortés, valiéndose de los intérpretes Marina y Aguilar, manifestándole que su rey le daba gracias por su regalo, y les enviaba aquellos presentes en demostración de paz; pero que no procurasen ver á su príncipe, pues no lo permitían las circunstancias.

Cortés insistió en ver y hablar al ponderado príncipe de aquellos vastos y ricos terrenos; despidiéronse los embajadores, dándole palabra á Cortés de que volverían pronto con la respuesta del rey.

No podemos dejar pasar desapercibidamente las relaciones de Cortés con Marina, ésta tomó el nombre con que la conoce la historia al convertirse al catolicismo, y Cortés, atraído por sus encantos, se entregó á los gozos de un amor que no nos atrevemos á llamar inconveniente, puesto que obligó á que aquella mujer le fuera fiel intérprete de los idiomas de aquellos pueblos. ¿Qué hubiera sido de Cortés si Marina, llevada del cariño á su país, hubiese querido perder á los españoles? El modo de sujetarla, la manera de que le fuera fiel prestando con esto un servicio á su patria, era el de procurar que Marina quedase sujeta por las redes del amor, y en efecto, la presencia de Cortés, la afabilidad y el cariño con que la trataba, le inspiró un amor tan verdadero, que se entregó al hombre que amaba, con la sinceridad de su corazón, teniendo un hijo que fué llamado D. Martín Cortés.

Este acto es y ha sido calificado por algunos historiadores é historiografos, de inmoral é impuro, sin tener presente la patria que podía en un momento perder el honor de sus armas, y podía mantenerlo claro, limpio y resplandeciente con sólo el apoyo de una mujer de tostado rostro y de al parecer de bronceado seno, pero aquel seno, que a la vista no podía esconder afección alguna, cobijaba el amor de madre y el de esposa, y antes hubiese preferido la muerte que abandonar á Cortés y su hijo.

RAMÓN DE SANJUÁN.

(Continuará.)

Un hombre de genio ha dicho que para juzgar un libro no hay prueba mejor que la disposición del ánimo después de su lectura.

¡Qué gran tristeza!... ¡qué abatimiento! ¡qué amargo sabor se experimenta con la lectura de los libros de E. Zola! Dejo á un lado la dificultad para ciertas personas y la imposibilidad moral para otras de leer muchas de sus páginas, descripciones nauseabundas, desmenzamientos con el bisturi y las pinzas de las llagas y de las miserias, no desconocidas por nadie, que afligen, en mayor ó menor escala, á la dolorida humanidad, y voy al conjunto, al pensamiento cardinal, al objetivo, á esos altos fines que persigue el autor, según dicea sus panegiristas. Oigamosles:

«El poeta—el artista quieren decir—ha de moverse en el medio social en que vive, y bajar de los quintos cielos de abstractas y soñadas entidades, para volver á la realidad en que se suceden los hechos que tejen en definitiva la trama de la vida intelectual y social.» Y en seguida añaden: «El arte sin idea, el arte sin alma, el arte sin pensamiento de su siglo, es un arte muerto. Para vivir necesita acercarse á nosotros, caminar á nuestro lado, humanarse, revestirse con todos los caracteres de la realidad.»

Entendámonos, señores; porque me parece que ustedes mismos no se entienden. ¿Es que el arte no existe si no se mueve dentro de los desnudos hechos de la vida real, ó es que no existe verdadero arte sin idea, sin alma, sin pensamiento que le vivifique? Porque aquello es lo contrario de esto último, y con semejantes logomaquias no se puede llevar á término ninguna discusión.

Nosotros, los que no rendimos parias al naturalismo de Zola, sostenemos lo último; lo de que sin idea, sin alma, sin pensamiento que vivique el cuadro, el poema, el relato, la pintura, no hay verdadero arte.

Que el asunto ha de ser humano... ¿Cuándo ni quién lo ha negado jamás?

Que han de jugar en él las pasiones, resortes poderosos en todas las manifestaciones de la vida, hilos ineludibles que forman su urdimbre... ¿qué duda tiene?

Que la trama para tejer la tela ha de sacarse de los múltiples y recónditos senos que hay en el corazón humano... también lo sostenemos y proclamamos nosotros.

Pero es de esa tela de la que ha de enseñorearse la pluma ó el pincel del artista, imprimiéndola el sello de una idea, alta, noble, generosa, que levante el ánimo, que dilate los horizontes, que conmueva y que aliente, que humanice y que eleve... para que pueda decirse, que allí hay vida, que allí palpita el pensamiento, que hay creación, que hay arte.

Porque el artista crea. Por eso es idea el arte. Por eso se llama artista al pintor y no al fotógrafo. Por eso es arte la pintura y no la fotografía. Danos esta el fiel trasunto del natural, mientras que aquella nos presenta el alma, el soplo divino del pensamiento que el artista ha sabido imprimir al cuadro ó á la figura.

Los antiguos supieron esto, y lo expresaron maravillosamente por medio del mito de la estatua de Pygmalion. Fué el soplo divino, no de Minerva, sino del pensamiento, de la idea,—lo que dió vida á aquella estatua.—Eso es el arte.

Ahora bien. ¿Quiéren decirnos los admiradores de Zola, dónde está el pensamiento, cuál es la idea que anima las obras de ese autor? ¿Quiéren decirnos dónde está el objetivo, el resorte mágico que mueva y que eleve, dónde lo trascendente y lo humanizador, en esas fotografías al natural, en ese continuo escudriñador análisis de las porquerías y de las más abyectas pasiones de esta flaca y pobre humanidad?

Si, se ve un pensamiento, es verdad: el de

un pesimismo fatalista, tan exagerado como desconsolador. Sus admiradores lo confiesan con leal sinceridad. En la última de sus obras, en *Germinál*, ese pensamiento es visible y palpable. La miseria, la ignorancia y la falta de sentido moral en las clases trabajadoras, que las sume y las hace revolcar en el cieno de los vicios, y al natural anhelo de mejorar de situación, sacado de quicio por las mismas faltas de instrucción y de sentimiento moral, anhelo que arrastra á esos mismos desgraciados á cometer desatinos, atentados y delitos, ó por lo menos graves faltas, que los vuelven á sumir en la miseria, en el vicio y en el desaliento. Esto es todo, y eso es lo de siempre para Zola.

«¿No sería este mundo más que una batalla, en la cual los grandes se comieran siempre á los pequeños, para mejoramiento y continuación de la especie?» He ahí el *substractum*, la tesis, el resumen, la gran máxima con que termina *Germinál*.

¿Es aquélla la predicación ó la condenación de la idea socialista? ¿Dónde se vislumbra allí, y por qué caminos, ó por qué medios, ni la idea, ni la aurora de la redención?

Aquellas miserias, aquellos vicios al desnudo, todo aquel cieno en que hace revolcar los cuerpos y las almas, todos aquellos exagerados y hasta inverosímiles horrores... ¿á qué conducen? A matar la generosa y halagadora idea de la perfectibilidad y del progreso. A condenar la humanidad al suplicio de Tántalo. A decirnos novelescamente que el mal es necesario, fatal, irremediable, eterno. Que el hombre no es más que materia, célula y fuerza bruta, inconsciente, que no puede dar de sí más que cieno, lodo y polvo.

Pues, aparte de lo horrible y de lo falso, ni es eso la novela, ni eso es arte, ni eso puede producir nada artístico. El libro de Job no es eso.

Eso puede leerse y glosarse como teoría científica ó como sistema en Hubner, en Schopenhauer, en Darwin, en Bernard. Sea enhorabuena. Pero la novela, pero el arte se niegan absolutamente, tienen forzosamente que negarse á esos análisis de escalpelo á esos cuadros hediondos de miserias y de vicios, sin pensamiento redentor, sin una ráfaga de luz que haga contraste, sin un ideal halagador y esperanzoso que levante el ánimo, que conmueva y que aliente, sí, que aliente al hombre de los siglos, á la humanidad, para seguir trepando, aunque sea trabajosa pero ansiadamente, por la regeneradora espiral del progreso, al santuario de la justicia, á la realización del bien en la tierra.

Cuadros de la vida, lucha de pasiones, oposición, contrastes, situaciones graves y difíciles, escenas conmovedoras—todo esto se necesita, sí—todo eso puede formar, y forma, en efecto, la servidumbre y la trama de la novela. Pero, ¿es acaso, que en los recónditos pliegues del corazón humano, y en las altas y poderosas facultades del espíritu... es que en el gran escenario del mundo hominal no se encuentran, no pueden hoy encontrarse más resortes que los de las pasiones abyectas, desorganizadoras y degradantes? ¡Qué! ¿Ha desaparecido del mundo, de la misma nación francesa, por ventura, la religión del deber, el ardiente amor al bien, la altura de miras, la nobleza de sentimientos, la magnanimidad y la virtud del sacrificio?

Si quisiéramos diseccionar con el propio escalpelo de Zola, su última producción, hallaríamos que no hay en ella un sólo personaje que interese, que se haga amar. ¿Qué digo hacerse amar? que no repugne y que no sea necesario echarle á un lado por inmoral, por egoísta ó por necio. Se encoge el corazón y se angustia el alma.

Ni Esteban, ni Catalina, ni Souveraine, ni Vateo, ni el pacientísimo Hennebeau, ni su adúltera mujer, ni su incestuoso sobrino, no hay uno solo que no despierte repugnancia, horror ó lástima; uno solo que levante el ánimo, que interese y conmueva, que por su belleza de sentimientos, ó por su grandeza de alma, haga contraste con aquel montón de des-

graciados que se arrastran entre el vicio, la miseria, la codicia y la prostitución.

Porque no es lo malo que se vayan á buscar en los lavaderos, en las tabernas, en los antros donde se arrastra la miseria, ó en los palacios donde se doran los vicios y se ocultan á veces grandes crímenes, los asuntos y los personajes de la novela. Lo anti-artístico y lo falso es que no se encuentren allí mismo y no se pongan en acción mas que fealdades é inmundicias, habiendo como hay—yo lo he visto—y siendo indispensable para la novela muchísimas bellezas y grandísimos rasgos de hidalguía, de pureza y de virtud.

Solamente que, por lo visto, E. Zola, abusando de sus grandes dotes de ingenio y de su seductora frase, se ha propuesto demostrar que el mundo es un lodazal, del que los hombres, como si fueran sapos, no pueden salir. Y, sin embargo, la moda manda aplaudir el naturalismo de Zola. Contrario á toda tiranía, yo le censuro.

T. R. PINILLA.

## FILIPINAS Y EL FILIBUSTERISMO

Cuando en el archipiélago filipino se siente alguna de esas conmociones revolucionarias que dan por resultado alguna víctima del furor popular, se tiene como recurso el calificar el hecho de filibusterismo.

Nada más erróneo, nada más absurdo.

En Filipinas no ha existido nunca, no existe hoy y si no se importa de aquí por las arbitrariedades, no existirá jamás.

Filipinas, la provincia indiana española, ama á la metrópoli como una hija sumisa y apasionada. Filipinas mira con orgullo ondear en su suelo la bandera española. Filipinas besa los lazos de unión que á la Península la ligan; no hay más que visitar aquellas provincias, fijarse en los más insignificantes detalles que al observador ofrecen aquellas jentes sencillas y juzgar.

No, en Filipinas no cabe el filibusterismo, quien tal crea es señal de que sus actos en aquél país no se han ajustado á la moral y á la justicia y tiene miedo de las consecuencias que pudieran emanar de su conducta.

Si el 20 del mes de Noviembre llegáis á la capital de las islas, si cruzáis los vetustos muros que circundan á Manila, hallaréis á aquel pueblo entregado á los trasportes del mayor entusiasmo; veréis una ciudad, todo regocijo, se presentará á vuestro vista uno de esos espectáculos que hacen latir la fibra más dulce del corazón.

¿Qué pasa?

Manila ese día es el Madrid del Dos de Mayo; sólo este paralelo cabe.

Los anales de la historia de aquel pueblo registran el 20 de Noviembre, un hecho gloriosísimo; una de esas jornadas, corta sí, pero sangrienta, en que bajo los pliegues de la gloriosa enseña castellana lucharon aquellos naturales unidos á los pocos españoles que allí había, venciendo y haciendo huir llenos de vergüenza á los hijos del Celeste Imperio que en gran número llegaron á hundir la quilla de sus flotas en la arena de aquellas playas en son de guerra.

Pues bien, aquel pueblo en este día, ve pasearse por sus calles el *Pendón de Castilla*, su más preciada reliquia, el más poderoso amuleto que existe para unir aquel país con el suelo ibero.

Y si en cualquier día y en cualquier lugar de aquel suelo habláis con sus hijos veréis que os llaman *Castila* y no españoles, porque españoles se conceptúan tanto como nosotros.

Negad á un indio que es español y le habréis inferido la mayor de las ofensas.

No, en Filipinas no cabe el filibusterismo.

Yo, aunque poco tiempo, he tenido ocasión de comprenderlo; yo, aunque mi estancia en aquella región ha sido corta, he podido apreciar el espíritu de españolismo que vibra en todos los ámbitos de aquel hermoso país.

Sí, yo no puedo menos de guardar en mi alma un recuerdo grato de aquellos tiempos, yo bendigo constantemente á aquel pueblo, en donde después de largos días de navegación, hallando sólo á mi paso

jente extraña, familias que hablan otro idioma, que tienen otras costumbres, otras religiones, otro modo de ser, encontré nuestro modo de ser, nuestra religión, nuestros hábitos, el sonoro habla de Cervantes, en fin, mis hermanos isleños.

Yo te bendigo, porque allí se rinde un culto sagrado á nuestra patria amada; porque así como en la Península el nombre de ¡España! va envuelto en los dulces acordes de la jota aragonesa y la muñeira, en la fragancia que se escapa de los huertos valencianos y los cármes andaluces, en el murmurio de las ondas del Tajo y el Ebro, del mismo modo allí se escapa ese lema sacrosanto de las armonías primitivas del á la par dulce y guerrero himno filipino, el *lealítao*, de entre los delicados aromas desprendidos de los pétalos de aquellas flores, las más hermosas del mundo, la *champaca*, el *ilaug-ilaug* y la *sampaguila*, de entre los rumores del caudaloso *Pasig*.

Yo le bendigo, porque él es el heraldo de la grandeza española en la Oceanía.

¡Y es tan hermoso aquel país!

Allí la naturaleza se ha mostrado pródiga con exageración; su vegetación exuberante y casi espontánea, la eterna verdura de sus bosques y prados, la riqueza de sus productos, su clima benigno, todo, en fin, lo que constituye el germen de una inestimable riqueza.

¿Qué importa que constantemente las conmociones geológicas agiten su suelo, si un momento después, como para llevar la tranquilidad al corazón, sonríe la naturaleza? ¿Qué importa que el imponente ciclón arrastre con su violencia árboles y plantas, si no tarda en surgir del suelo arrasado otras plantas y otros árboles, llenos de fragancia y lozanía? ¿Qué importan sus terribles tormentas, ni que desprendidos de las nubes lluevan entre gotas de aguas chispas eléctricas, si para cada momento de esta emoción angustiosa hay, en cambio, muchos días de cielo fulgente y sol vivificador? Nada.

Aquella hermosa perla, arrancada al mar de la china para engazarla en la esplendorosa diadema castellana, será eterna española, si sólo el filibusterismo es el llamado á arrebatarla.

Valiera más, ciertamente, que los inventores de estas fábulas se cuidaran de no sembrar mala semilla, y en vez de llevar á aquel país el espíritu del despotismo y otros vicios de inmoralidad social y administrativa, se afanaran en llevar al corazón del indígena la confianza y el cariño por medio de la ilustración y la fraternidad.

Mucho más nos queda que decir de este país, y asuntos que, á nuestro juicio, son de vital interés por igual para la Península y para las islas; pero siendo larga la tarea, la iremos desarrollando en números sucesivos, haciendo punto por hoy, protestando con toda la energía de nuestra convicción de esa patraña que de cuando en cuando se deja oír como un eco fausto con la voz de:

¡Filibusterismo en Filipinas!

R. ORTIZ Y RENEYTO.

## LA ENFERMEDAD DE EUROPA

### I

El estado actual de Europa es poco satisfactorio y lisonjero para lo que representa el movimiento civilizador del siglo. La humanidad está en su niñez todavía, y antes de que llegue á la adolescencia, el globo terráqueo habrá desaparecido en las regiones de la nada. Esto consiste en que el universo es viejo y la humanidad es joven.

El hombre continúa siendo un ser débil y valeroso á la vez. Esta paradoja es una dolorosa verdad. Es débil, porque todo le impresiona y le es adverso; mil inconvenientes interrumpen su marcha, y á la manera que las golondrinas, cruza el proceloso mar de la vida, envuelto en las tempestades de arriba y en las inquietudes de abajo; camina sin hallar el término de su viaje, porque cuando lo encuentra, es para morir. Es valeroso, porque nada le arredra y porque sabe desafiar los elementos que contra él se conjuran, y que casi siempre le vencen.

El tipo más perfecto del hombre civilizado es el europeo, y sin embargo, cuántas amarguras; cuántos dolores le mortifican crudamen-

te, que no amenazan ni al asiático ni al africano! Entre el civilizado y el salvaje, ¿quién vacilará en decir cuál es más feliz? Y es que el hombre civilizado tiene por mayor enemigo al hombre, y el salvaje, no. El último lucha con las fieras y las vence; muéstrase indómito é independiente, y es dichoso en su ignorancia; el primero, por el contrario, lucha con la adversidad, fatalmente engendrada por sus semejantes; la miseria le abate con frecuencia, y todas las desgracias se las acarrea la sociedad misma en que vive.

Es o denuncia que la civilización europea ha sido mal dirigida; que no ha empezado bien, y por esta causa, en vez de realizar á la perfección un bien general, constituye una verdadera dolencia, una enfermedad social, cuyo primer resultado es el mal-estar del individuo. La civilización no se ha levantado sobre los fundamentos del trabajo, sino sobre los de la holganza y la molicie, y por esta razón ha engendrado necesidades costosas; estas necesidades han originado el orgullo y la soberbia en los unos; la avaricia y el egoísmo en otros, ha sido la causa fatal de que las pasiones aticen los odios entre las distintas clases sociales, y ha tenido el triste privilegio de postergar el trabajo al capital.

Consecuencia lógica de esto es el socialismo, síntoma primero y alarmante de la enfermedad que padece Europa. Sus efectos son desastrosos por las conclusiones que deduce: ¿tenéis oro? Vuestro es el porvenir. Seréis sabios, reyes, Papas, cuanto queráis; llegaréis al pináculo de la gloria con una facilidad asombrosa, y podréis regocijaros ante el espectáculo de ver arrastrarse á vuestros pies toda una generación de héroes. ¿No tenéis más que la virtud del trabajo? Viviréis mal, seréis ignorantes, os inclinaréis á la fosa antes de lo que la naturaleza en sus sabias leyes dispuso. Vemos, pues, que el socialismo es un síntoma, pero un síntoma grave en la enfermedad de Europa.

Es indudable que, mientras estos síntomas no desaparezcán, la civilización no podrá dar sus legítimos y sazonados frutos, y la humanidad no tendrá por qué mostrarse satisfecha de sus progresos. ¿Qué importa que Morse inventara el telégrafo y Stephenson la locomotora? Merced á estos admirables inventos, conocemos mejor el planeta que habitamos; pero no hemos mejorado las condiciones de existencia de la humanidad. Hemos arrancado á la naturaleza sus secretos; hemos aprendido á hacer agua mezclando dos gases incoloros; hemos sabido detener el rayo y hacerle circular por unos alambres; hemos podido elevarnos á 7.500 metros en la atmósfera; descender al fondo de los mares; hemos sabido analizar el aire, pero no hemos sabido enaltecer el trabajo, palanca primera y única de la civilización.

Esto ha sido causa también de que las leyes del trabajo hayan sido alteradas, y por consiguiente, que su resultado, el comercio, no se inspire en los principios de equidad que establece la ciencia económica, sino que se cimente en la astucia, que lo convierte en *mercaderismo*. Por eso se *comercia*, no sólo con los productos de la industria y del arte, sino con las pasiones, con la inteligencia, con la religión, con la política, con la ciencia y hasta con la honradez.

Por esta causa los fueros de la razón y de la justicia parecen eclipsados por la charlatanería y la audacia. Así se explica que los obreros honrados crean que asiste la razón á los que predicán la disolución social, aun cuando dicen que aborrecen á la humanidad. ¿Cómo han de tener razón sino se aman á sí mismos? Ellos no respetan la propiedad, que es sagrada; quieren librarse de la sociedad para librarse de los deberes que impone, en vez de acatarla y pedirla que atienda á sus hijos como parte íntegra de su organización. ¿No evidencia todo esto una enfermedad muy grave?

### II

La sociedad sólo está bien en apariencia. El hombre, como ser sociable, disfruta de un bienestar *pasadero*, como suele decirse en el

nio útil de sus predios, con tal de que se avinieran á pagarles el impuesto predial y el de capitación que ellos mismos pagaban. Y que se les mantenía en el goce de sus derechos civiles, con la garantía de dejarles sus jueces y sus mismos tribunales, pudiendo, además, conservar sus títulos honoríficos y dedicarse á todo género de industria, de oficio, y aun de recreos, incluso el de la caza.

Los habitantes de Salamanca y sus cercanías se sometieron, pues, de buen ó mal grado, á lo que se sometió la inmensa mayoría de los españoles, á ser contados en el número de los Mostárabes ó Mozárabes, como se han llamado después. Los Kaydes, Wazires y Walies que les deparó la suerte, antes y después de la erección del califato de Córdoba, siguieron fielmente la política de atracción empleada por Tarec, por Muza y por su hijo Abde-l-aziz, merced á lo cual las dos poblaciones, musulim y cristiana, se concertaron admirablemente, y á favor de su armonía dominaron conflictos, ladearon pes ligros y convirtieron estos valles y colinas en un verdadero Edén.

T. R. PINILLA.

## EL MOVIMIENTO RELIGIOSO

EN EUROPA Y AMÉRICA

CAPÍTULO DÉCIMO.

*El Congreso de Maguncia.—Alguna doctrina nueva sentada por los PP. en este Congreso.—La congregación de Berlín y las protestas del Congreso de Maguncia.—El cisma de la congregación de San Pablo.*

### I

Tales fueron, como exponemos en el capítulo anterior, los resultados del Congreso verificado en Colonia.

Negar á este su importancia, querer atenuar las trascendencias de sus acuerdos y la duda de la repercusión de las doctrinas en él expuestas, es tanto como querer desconocer la razón.

Casi tres años después de disolverse los viejos católicos en Colonia, volvieron á reunirse en la ciudad de Maguncia el 2 de Setiembre de 1877, y hemos de decir aquí cuáles fueron en resumen las nuevas decisiones de los congregantes.

Asistieron á la sesión inaugural más de 360 delegados, y entre los cuales estaban Reinkens; pero el doctor Schulz brillaba por su ausencia. Esta circunstancia fué muy comentada. Se ofreció la presidencia al profesor Huber, de Munich, que la rehusó, y los delegados nombraron entonces al eminente Schwarzmann, de Carlsruhe. Se recibió la adhesión de los Pastores Herzog, de Berna, y Hegkamp, de Utrech; del obispo de Lincoln, de otros varios prelados, y de M. Rossi, de Atenas. Estos señores escusaron la asistencia, diciendo que sus obligaciones no les permitían separarse de las ciudades en que respectivamente residen. El cismático Tatschalof, de Wiesbaden, ha asistido á las sesiones como representante de la Asociación para el progreso intelectual en San Petersburgo.

La presencia de Tatschalof era en extremo significativa; ella demuestra á lo que ha venido á parar el neo-protestantismo. En algunos años ha llegado á confundirse con los sectarios de las supremas negaciones del ateísmo ruso.

El 29, á las tres de la tarde, tuvo lugar una nueva reunión. Sólo asistieron unos trescientos representantes. Se concedió la palabra al doctor Zirngiebt, de Munich, que atacó el dogma de la infalibilidad y al clero católico, al que acusó de atentar á la libertad de conciencia y al sentimiento nacional del pueblo alemán. Añadió que el viejo catolicismo tiende única y exclusivamente á poner en salvo la verdadera idea religiosa, en frente de la superstición y de la incredulidad, y á realizar el fin más elevado de la moderna civilización.

Después usó de la palabra M. Michelis, que atacó á los jesuitas.

En otra reunión, el Congreso adoptó las siguientes resoluciones:

«El Congreso se toma la libertad de llamar la atención del Gobierno y del pueblo sobre la bula pontificia del 20 de Enero último, en la cual:

1.º Se ordena á todos los eclesiásticos, desde el momento que empiezan á ejercer las funciones de tales, que se adhieran con todo el corazón y con toda su alma á los decretos del Concilio del Vaticano.

2.º Se renueva la prescripción hecha por Pío IV el 13 de Noviembre de 1564, en virtud de la cual los maestros, doctores, funcionarios, catedráticos, rectores, católicos de las Universidades, así como todos los maestros de todas las escuelas y de todos los establecimientos de enseñanza superior, ya públicos, ya privados, deben enseñar según la doctrina y el espíritu de la iglesia católica romana, bajo pena de excomunión y de anatema.

El Congreso, en interés de la civilización, y reconociendo la necesidad de la instrucción religiosa, como parte complementaria del programa escolar, declara que las exigencias manifestadas en cien diversas ocasiones por los ultramontanos, relativamente á la enseñanza y á la esclavitud de los maestros, son infundadas y contrarias á los intereses de las escuelas y del Estado.»

Uno de los incidentes más curiosos del Congreso ha sido un violento ataque de M. Huber al liberalismo, que á su sentir «al principio explotó á los viejos católicos, y que después les ha injuriado, cuando no ha tenido necesidad de ellos.»

Propuso al Congreso que los viejos católicos se separaran del partido liberal.

Es una palabra: el Congreso ha sido el principio del fin. Confiamos, sin embargo, en que los hechos correspondan á nuestras esperanzas y que los viejos católicos no caigan en los errores y en las miserias de los jesuitas y clericales de Roma.

¡Mucho lo tememos!

### II

Tales han sido los Congresos de Colonia y de Maguncia celebrados por los viejos católicos.

La existencia de esta nueva secta, sus dos reuniones, las discusiones en ellas habidas, prueban cuando menos:

1.º El odio que ha despertado en varias agrupaciones cristianas el egoísmo de Roma;

2.º La existencia de otra nueva iglesia cristiana;

3.º Las simpatías de los protestantes y de los viejos católicos y su alianza común contra el jesuitismo;

4.º Unos propósitos más elevados, más tolerantes, más dignos de estos tiempos, opuestos por los viejos católicos, contra los católicos papistas; y

5.º Una fraternidad, una alianza entre todas las religiones positivas y de la cual se excluye á la iglesia romana.

Aunque no sean más que estos cinco puntos los que pueden determinarse, en conclusión de esta lucha religiosa, acusa un cisma grandioso, importante, que en vano quieren ocultar los católicos romanos, y que á la verdad, no sabemos hasta dónde pueda llegar, aunque ya se adivina que unido una vez el viejo catolicismo con el protestantismo tirarán con la iglesia papista que desde el siglo V viene oprimiendo las conciencias, ahogando la voz de la verdad y perturbando los pueblos y las naciones con intrigas y manejos de la peor especie.

Por de pronto, el cisma iniciado en 1870 en Alemania a germinado en otras partes y sus efectos se dejan sentir en todas las naciones católicas, como ya habrá tenido lugar de ver el lector por cuanto decimos en este, como en los capítulos anteriores en esta obra.

### III

Y nos confirman esta opinión la aptitud del antiguo clero de Berlín, donde hasta poco ha el poder de Roma había tenido una respetabilidad indiscutible, y hoy los actos de rebeldía de aquel clero toma cuerpo y trasciende á todas partes. En estos mismos días ha publicado en letras gruesas la *Gaceta de Magdeburgo*, que se ha constituido en Berlín una asociación para reformar el protestantismo, y que entre las bases acordadas figuran las siguientes:

1.º Abolición del bautismo y del matrimonio como ceremonia obligatoria.

2.º Abolición para los Pastores de la obligación de someterse á una fórmula dogmática determinada.

3.º Separación del dogma y de la disciplina.

4.º Independencia de las parroquias en sus relaciones con su iglesia central, etc., etc.

Parece ser que en la iglesia de Ginebra se ha introducido ya esta reforma, y que no se considera el bautismo como necesario para salvarse, y lo mismo en varios puntos de Bélgica, donde el Gobierno se propone favorecer toda su manifestación en sentido de reformista y se anticipa á los deseos de los viejos católicos, adoptando una ley de enseñanza por la cual las escuelas del reino tendrán desde hoy el carácter de laicas.

Y esto ha bastado para que los prelados católicos, residentes en dicho país, se subleven contra el Estado y entrando en un camino faccioso declaren la guerra á éste, excomulgando á los que se separen del dogma y definiciones de Roma.

Como principio de esta batalla que ha comenzado á librarse entre ambas escuelas religiosas, el telégrafo nos anunció días pasados que los obispos belgas se habían reunido en Malinas y adoptado gravísimos acuerdos con motivo de la ley de instrucción primaria que comienza á plantearse. Los periódicos belgas recibidos hoy confirman estas noticias y publican el texto de dichas resoluciones, que son las siguientes:

1.ª En lo que concierne á las escuelas normales que se niegue la absolución á todos los maestros y á todos los alumnos que concurren á ellas.

2.ª La enseñanza religiosa dada en las escuelas laicas se considera como cismática.

3.ª Que se niegue la absolución á todos los maestros laicos indistintamente, aun aquellos que se abstengan de dar la enseñanza religiosa en sus escuelas (1).

4.ª En cuanto á los niños que asistan á las escuelas laicas, se les considera como obrando sin discernimiento y serán admitidos provisionalmente á hacer su primera comunión.

Estas resoluciones han sido comunicadas á los deanes y curas, con la orden de comunicarlas á los fieles en la plática de la misa mayor en el plazo más breve posible.

«Las consecuencias de esta actitud violenta—dice el *Journal de Bruselas*—no hay para qué indicarlas, saltan á la vista. El gobierno conoce sus deberes, y abrigamos la confianza de que sabrá cumplirlos.»

El prelado que se ha puesto frente de la á estas decisiones del obispado romano es M. Dumont, obispo de Tournaz, y á quien Pío IX acaba de declarar demente.

Parece que tal locura consiste en ser liberal.

Hé aquí cómo se explica el interesado:

«Demasiado comprendo el odio que me tienen los jefes del llamado partido católico; deben estar convencidos de mi vehemente deseo de que desaparezca ese partido. Ese deseo será para esos señores un nuevo motivo para afirmar que he perdido el juicio.»

«Deseo, repito y pido á Dios con todo mi corazón, que por bien de la religión católica, por bien de la Iglesia, nunca alcance mayoría en las Cámaras belgas el partido católico; deseo y pido á Dios que ningún sacerdote se mezcle en las elecciones.»

«Si esto es una locura estoy realmente loco, lo confieso. Pronto llegará el momento en que se conozca que no lo soy tanto como se

(1) Los informes suministrados por los profesores de instrucción primaria de Bélgica no permiten ya duda acerca de la exactitud de la resolución adoptada por el episcopado, ordenando que los curas párrocos nieguen los sacramentos á los maestros de las escuelas públicas. Resulta de las comunicaciones de dichos profesores, que el clero admite dos excepciones solamente.

Los maestros á quienes sólo falten tres años para cumplir la edad reglamentaria de servicio y los que hayan sido llamados al servicio militar si no son ya profesores municipales.

La *Gaceta de Liege* confirma estas noticias y añade: «El maestro tendrá que escoger entre su religión y su empleo; entre los sacramentos y su escuela.»

cree. Me llaman demente porque hablo como mi conciencia me dicta.»

Hace un año los periódicos católicos se deshacían en elogios del obispo de Tournaz, que había organizado la lucha contra el gobierno liberal y había inspirado las famosas instrucciones episcopales amenazando con la excomunión a los que tomaran parte en la aplicación de la ley escolar. Hoy, aquellos mismos periódicos tratan de demente a M. Dumont y califican sus cartas de «extravíos de un cerebro enfermo.»

¡Cómo mudan los tiempos!

#### IV

Y en tanto que el Papa declara loco al obispo de Tournaz y los prelados belgas inician una rebelión pavorosa contra su gobierno y los profesores liberales, el fuego de la reforma penetra por los muros de Roma y lleva el cisma a las puertas mismas del Vaticano.

Existe en la llamada Ciudad Eterna, desde tiempo inmemorial, una congregación llamada de San Pablo, a la cual pertenecen todos los presbíteros más ilustrados que cuenta Italia. Pues bien, esta respetable congregación acaba de reunirse en capítulo y ha acordado entre otras cosas:

1.<sup>a</sup> Proscribir el latín de los oficios divinos, sustituyéndolo por el idioma nacional, a fin de que todo el mundo entienda lo que le dicen.

2.<sup>a</sup> Reconocer la unidad italiana.

3.<sup>a</sup> Anatematizar el poder temporal de los papas.

¿Cómo había de sentar esto en el Vaticano? Como primera disposición, el papa ha lanzado excomunión mayor sobre todos los miembros de la congregación; en tanto que ésta ha dirigido al pueblo italiano una encíclica en contestación a la del cardenal vicario.

Los jefes de la nueva Iglesia que se titula «católica italiana», y que está llamada a transformar el culto en aquella nación, llámanse monseñor Juan Bautista Savarés, monseñor el conde Enrique de Campello, el sacerdote Felipe Cicchetti Suriani y el fraile Andrés d'Alto gene Capno.

Es la encíclica de esta congregación una protesta energética y viva contra la curia romana, donde habitualmente los cuatro adversarios del Vaticano hacen vibrar la nota patriótica.

«Sólo cuando la superstición del Vaticano—dicen—debiese eternamente pesar sobre el pecho de los italianos, podría Italia, por la fuerza inexorable de la lógica, abjurar de la ciencia, maldecir de la libertad, renegar de los fueros de la razón, renunciar a las pacíficas evoluciones de la vida pública, resignarse a una coadición degradante dentro de la civilización, maldecida por los papas infalibles y condenada por el «*yllabus*.»

Los cuatro se separan definitivamente del papado: sostienen que el pontificado no es institución divina, porque todos los obispos son iguales y tienen igual autoridad, sean de Roma, de Constantinopla ó de Reggio. Y prosiguen:

«Así como se ha juzgado imposible la armonía entre la civilización y el pasado después que éste buscó el apoyo de la fatal Compañía, así también nos parece á nosotros posible y cierta la armonía de la ciencia y de la libertad con la Iglesia universal fundada por Cristo.

«La iglesia romana, según el apóstol Pablo, no es la raíz, como él creía en los principios de su conversión, sino una rama y ésta aún no natural, sostenida por el trono único, el Redentor, el cual puede, cuando perjudique al árbol, cortarla.»

Dadas estas declaraciones, de esperar es, que luevan rayos sobre los cuatro protestantes.

En este documento se mantiene el derecho de orar en italiano, por cuanto no es razonable usar la lengua latina que no es popular. Y concluyen:

«Nuestra bandera es honrar al jefe augusto de la nación por deber de religión y por deber de ciudadanos sobre todo, por amor á la

patria que, después de Dios, reasume todos nuestros amores, y en la cual hemos nacido por Divina Providencia hombres y ciudadanos, antes todavía de ser hijos de la Iglesia.»

Este manifiesto es una declaración de guerra al Vaticano.

Preparémonos á asistir á la batalla.

Monseñor Savarés anuncia ya la publicación de un opúsculo con este título *La excomunión de una idea: Respuesta al cardenal vicario de Roma*.

NICOLÁS DÍAZ PÉREZ.

## JULIAN ROMEA

### II

Julián Romea nació en Aldea de San Jaun, pueblo de la provincia de Murcia, el día 16 de Febrero de 1816, siendo sus padres D. Mariano Romea y doña Ignacia Yanguas.

Desde muy niño aprendió Romea á sufrir: las desgracias de los suyos le persiguieron casi desde la cuna, porque sus padres vieron rápidamente menguarse la fortuna y casi desaparecer.

No contaba aún ocho años cuando aprendió á llorar.

Desgracias de familia hicieron ver, al que entonces era un niño, un porvenir de tristes amargas.

Una vez instalado en un colegio de Madrid, dedicóse con ardor al estudio.

Las horas de recreo las consagraba á trabajos de otra índole. Tras la ciencia ardua y abstracta venía la literatura.

El joven estudiante sentía ya germinar la brillante fantasía que después había de desarrollar en sus sonoros versos. Replegado en su interior veía abrirse á su espíritu horizontes desconocidos, y las elocuentes páginas de la historia le presentaban grandes ejemplos que enardecían su juvenil imaginación.

Juntos marchaban así los estudios dramáticos con los de la Filosofía, cuando llegó el día funesto, y que, sin embargo, España nunca estimará bastante, en que, la familia de Romea no pudo pagar la módica pensión en el colegio.

Romea entonces se retiró al seno del hogar paterno.

Días de afición cruzáronse en la vida del laborioso estudiante.

Al ver Romea que la situación angustiosa de su familia no mejoraba, y temiendo serle gravoso, formó la resolución de dedicarse al teatro, para el que había ya demostrado excelentes cualidades en algunas funciones dadas en el colegio, y en las que había tomado parte. Su decidida afición al arte dramático había nacido en sus lecturas solitarias, en las que Calderón, Tirso y Moreto eran su único deleite, su único consuelo.

Resuelto á salvar á su familia, y recordando los elogios de la declamación le había valido en el colegio, se preguntó como santo orgullo:

¿Por qué no he de ser actor?

Tomada esta resolución, con la candidez de un alma leal y la condición de un corazón honrado, se dirigió á su padre.

Don Mariano Romea era un hombre de superior talento; pero subyugado á veces por preocupaciones sociales, demasiado arraigadas en España, y como prudente padre al fin, le hizo las observaciones más oportunas.

Fuélas destruyendo Julián una por una; y vencido el padre más bien por la abnegación que por la lógica de su hijo, respondió, aunque con sentimiento: *Consiento en ello; pero procura convencer á tu madre, que es la que debe decirlo.*

Las mujeres llevan á más lejos que el hombre el orgullo de las preocupaciones; pero ¿qué madre resiste nunca á un hijo querido? La de Romea le recordó sus nobles abuelos, y le enseñó los pergaminos, que con los siglos amarilleaban. El joven rechazó dulcemente, con amarga y triste sonrisa, aquellos títulos vanos y pomposos que no habían sabido preservarlos del destierro y la miseria.

Madre mía—le dijo—yo no veo más que una cosa; vuestro esplendor perdido y vuestra fortuna deshecha; yo quiero recuperar eso; gloria, fortuna, consideración, todo lo obtendré, sin que por eso deje de ser digno del nombre que llevo.

La madre le estrechó llorando en sus brazos.

Doña Ignacia de Yanguas y Segovia ha debido siempre enorgullecerse de un hijo como Julián Romea.

Allí estaba el teatro; allí estaba Latorre entonces ya conquistando triunfos que emulaba Romea; en el colegio donde pasó los días de la infancia, y luego en las tablas de liceos particulares, el futuro artista había ya demostrado notables condiciones de actor: abriábase no pequeños horizontes, á los que, dotados de verdaderas disposiciones para el arte de la escena, quisieran abrazarle con decisión y con bríos; bullían por aquella época, aunque revueltos en el mar de la política, los poetas que habían de levantar el teatro moderno sobre las clásicas y frías concepciones de Moratines y Gorostizagas; agitábase latente el espíritu en que bebió sus inspiraciones la brillante pléyade que llenó de gloria literaria las dos primeras décadas que siguieron á nuestra revolución política.

El teatro era, por consiguiente, puerto de refugio para un hombre de los talentos y de las facultades de Romea: venció, como hemos dicho, las preocupaciones de sus padres, las suyas propias, si es que alguna vez las tuvo, y lanzóse con afán, con entusiasmo, con amor apasionado á la carrera que había de conducirle al templo de la fama, y quizá al de la inmortalidad.

Romea entró en el Conservatorio de María Cristina, como entonces se llamaba la que hoy no es más que *Escuela de Música y Declamación*.

No tardaron mucho en echar de ver sus insignes maestros D. Joaquín Caprara, D. Rafael Pérez y don Carlos Latorre, sus privilegiadas dotes y rápidos progresos, de forma que á los dos años pudo salir á volar con propias alas,

A propósito del ensayo que hizo Romea en el Conservatorio con *El Testamento*, no podemos menos de trasladar aquí un párrafo de las selectas *Memorias de un setentón*, de Ramón Mesonero Romanos

«El rey Fernando, estimulado por el ejemplo de su esposa (que había fundado el *Conservatorio de Música y Declamación*), quiso también fundar algún establecimiento de instrucción que respondiese á necesidades de otro género, y creó, por aquellos mismos días... la *Escuela de Tauromaquia* en Sevilla; pero, sin embargo, dejándose fascinar por las gracias y el talento de Cristina, concurría con ella á las funciones del Conservatorio (aunque tal vez lo hubiera hecho de mejor gana á las del liceo taurino de Sevilla); escuchaba con interés á los jóvenes alumnos, músicos y dramáticos, y es fama que al presenciar la ejecución de la piececita titulada *El Testamento*, en que se ensayó el precoz talento de Julián Romea, dijo á los cortesanos que le rodeaban, y que cuidaron de hacer circular la frase feliz: «Este muchacho que hace *El Testamento* empieza por donde otros acaban.»

Grimaldí, empresario á la sazón del teatro del Príncipe, prendado de las buenas cualidades que adornaban á Romea, le escribió como galán joven, presentándose por primera vez al público en la noche del 26 de Agosto de 1831, interpretando el citado drama *El Testamento*, obra que la inspiración de Romea ha hecho inmortal. Desde aquel momento no se oyó más que una voz de alabanza dedicada á Romea, presagiándole muchos y señalados triunfos.

Por aquellos días, poco más ó menos, levantábase en Sevilla otro astro de la escena española: Matilde Díez, que á la edad de quince años había cautivado ya á su auditorio en *La huérfana de Bruselas*; cuando Matilde vino á la corte, aquellos dos genios se completaron, y los que sobre las tablas eran todas las noches aplaudidos con frenesí en *Clotilde* y en *La huérfana*, contrajeron matrimonio en 1836.

No existía entonces en Madrid una sola persona que no siguiera con tierno y cariñoso interés la carrera de triunfos y venturas de Matilde y Julián; y muchas veces arrancaban lágrimas los dos jóvenes esposos, más por el sentimiento de afecto que ellos mismos inspiraban, que por el sentimiento patético de la obra que en ejecución tenían.

A partir desde aquí, ya es fácil para cualquiera reseñar cuanto concierne á Julián Romea; pues en sus poesías nos dejó escrita su vida de hombre, y la de actor está consignada en todas las críticas teatrales, extendida por el globo por las mil lenguas del periodismo, elemento el más principal de la civilización moderna. No hemos, pues, de seguir paso á paso los infinitos triunfos, las grandes y merecidas ovaciones que desde esta época han acompañado

lenguaje vulgar. La sociedad, como agrupación de hombres inteligentes, da buenos resultados para la comodidad común; y ciertamente, si todos los individuos que la componen fueran laboriosos, podríamos decir que este mundo era el paraíso de la felicidad.

La vida es ahora más cómoda que en los antiguos tiempos. Se disfrutaban más libertades, se está mejor, y en general el mejoramiento de fortuna es más factible, gracias a los ahorros que hacen las clases productoras. La igualdad ante la ley ha devuelto al hombre sus derechos, abriéndole las puertas de la consideración pública; pero con todo, no se puede decir que estamos completamente bien.

Es axiomático que los pueblos son tanto más venturosos y felices, cuanto sus instituciones son más estables. Esta verdad se comprende fácilmente, porque el Estado tiene la misión de velar por los intereses de la comunidad, y por tanto, un gobierno que dura mucho tiempo en el poder (en buena tesis política), es el que mejor administra las rentas públicas, el que sabe realizar la prosperidad de la nación.

Bajo este punto de vista, España es de los pueblos menos favorecidos de Europa. Sus revueltas políticas han llegado a ser proverbiales, con grande y notable perjuicio de su bienestar, y los que han ejercido el poder, con muy raras excepciones, sólo han atendido á su personal medro. No nos fijamos en nadie, hablemos en general.

Eminentes políticos y hombres de Estado de gran experiencia no han podido darse razón satisfactoria del por qué de tan bruscos y rápidos cambios en la organización política de nuestra patria. Achácanlo á la volubilidad de nuestro carácter meridional ó á las ambiciones de los gobernantes.

Nada más lejos de la verdad. Todos esos trastornos, todas estas convulsiones, todas estas luchas intestinas que nos devoran á la par que nos empobrecen, tienen su origen en la dolencia que señalamos, ese cáncer que nos aniquila y que si no se extirpa concluirá por matarnos: el *mercaderismo*.

Los mercaderes de honra y los traficantes de gloria han establecido sus tiendas en nuestra patria, absorben nuestra riqueza, consumen nuestras fuerzas, escupen nuestro rostro y gangrenan nuestras virtudes sociales. No se crea, sin embargo, que el *mercaderismo* es propio de nuestra patria; Francia es también víctima de su influencia; Alemania lucha por librarse de sus garras; Italia está á punto de sucumbir, y la astuta Inglaterra dirige todo el movimiento judaico.

Parece imposible que habiendo en el continente hombres de Estado tan eminentes como Bismarck, políticos tan consumados como Depretis, ministros tan perspicaces como Sagasta y militares tan sabios como Moltke, no hayan podido contrarrestar la influencia de este virus mercantil desde sus respectivos países. Téngase presente que la pasada lucha entre Turquía y Rusia ha sido promovida por el *mercaderismo*; que las tempestades de la Francia las ha provocado esta enfermedad, como las ha provocado en España y como las provocará en casi todas las naciones de Europa.

Este virus representa el monopolio de la civilización, el exclusivismo del movimiento social y el imperio del oro. Para realizar sus fines destructores ha encontrado seguros cómplices en palancas tan poderosas como la religión, la política, la ciencia, la industria, etcétera, etc.

### III

La sociedad se halla dividida en dos grandes grupos que se odian mutuamente; el uno lo constituye lo que se ha dado en llamar la nobleza de la sangre; el otro es el pueblo.

La falta de instrucción es casi igual en ambas tendencias. Los primeros consideran que el trabajo es innoble, y lo escarnecen como los caballeros feudales de la Edad Media; creen que desfigura el cuerpo á la par que degrada el alma, y entienden que, los hombres que lo ejercen, son indignos de gozar derechos políticos.

Estas fatales preocupaciones van desapareciendo poco á poco; pero, sin embargo, la civilización no ha podido desterrarlas todavía, y constituyen el más firmísimo apoyo del *mercaderismo* que corroe la salud de Europa.

Se comprende que en los antiguos tiempos la barbarie tomase incremento, porque la noción del derecho era completamente desconocida, y que el entusiasmo guerrero que animaba á nuestros antepasados les llevase hasta el extremo de adjudicarse pleno dominio sobre la vida y la honra de los vencidos, y que los sometiesen á la triste condición del esclavo, haciéndolos trabajar para envilecerlos; pero, ¿es tolerable que en plena civilización se degrade á los hijos del trabajo, ó por lo menos se les cierren las puertas de la consideración social? En la Edad Media los legisladores negaban á los menestrales el derecho á las honras y distinciones sociales, y se envileció el trabajo de tal manera, que se prohibía severamente á los nobles dedicarse á los oficios mecánicos y de industria. Hoy no ocurre esto precisamente, pero el frac y la chaqueta no se acomodan bien en las solemnidades públicas ó privadas.

El antiguo *mercaderismo*, germen primero de la enfermedad actual, tomando un desarrollo alarmante, conducía á la humanidad á su completa ruina, sino hubiera sido regenerada por la extraordinaria valerosidad de Cristo. Nacido en un humilde pesebre, hijo de la mujer de un carpintero y educado en un taller, logró elevar el trabajo mecánico á la más alta consideración. Asombró á la humanidad por su mansedumbre, y supo imponerse á ella para hacerla variar de rumbo en busca de nuevos horizontes. Trocó los odios en amor, fraternizó á los enemigos y fundió en estrecho lazo las relaciones de los hombres.

A partir de entonces, la religión cristiana fué el consuelo de los desheredados, y como toda idea nueva, encontró enemigos, que destruyó sin vencerlos; halló obstáculos, que superó sin destruirlos, y en vez de triunfar aniquilando, supo vencer *construyendo*. Los enemigos, los vencidos, eran acreedores á todo género de consideraciones y se olvidaban los rencores y se perdonaban las injurias.

Con tales procedimientos, la nueva semilla no podía menos de fructificar poderosamente ó de progresar con firmeza. La humanidad iba echando los cimientos de su grandeza y preparando el terreno á la civilización. El *mercaderismo* no se resignaba, sin embargo, á su derrota; había sido herido en el corazón; pero con todo, aún vivía.

Comprendió que se necesitaba un esfuerzo vigoroso para vencer, y el estertor de la muerte le dió extraordinaria energía para el ataque. Si el cristianismo vencía por el amor, el *mercaderismo* había de alcanzar el triunfo por el odio; la mansedumbre había de combatirse por la soberbia, la lealtad por la intriga, la verdad por la astucia, la convicción por la fuerza. La religión cristiana se alzaba majestuosa á través de las barreras del crimen, y el *mercaderismo* se arrastraba á sus pies presa de terribles convulsiones. Era preciso, pues, combatir á la religión.

Empezaron los trabajos de zapa, y una parte de los sectarios de la nueva idea se fué haciendo judaica sin advertirlo. La religión cristiana, que admitió en su seno á todos los que se arrepintían, sin preguntarles su origen, no pudo con su buena fe destruir los insidiosos lazos que le tendía la astucia, ni se dió cuenta de que le minaba el terreno.

El virus se fué infiltrando en el cristianismo; el poder del oro volvió á ser ley del mundo, y nacieron las divisiones. Hubo cristianos católicos y cristianos protestantes; pero unos y otros eran *judios*. El catolicismo quería dominar el mundo y atesoraba riquezas, persuadido de que el oro es la suprema ley; los luteranos pretendían lo mismo, pero estaban en minoría. Volvieron á olvidarse los deberes de humanidad, la mansedumbre se trocó en altivez, la humildad en soberbia, el amor en odio. Hubo pontífices que tenían ejércitos y dominaban á los reyes; los desheredados volvieron á ser escupidos, y fundiéndose los apóstoles del

catolicismo con la aristocracia de la política, escarnecieron al pueblo, le prohibieron instruirse para que desconociese sus derechos, y atizaron la discordia para que la división entre los nobles y los plebeyos fuera más profunda.

Y el *mercaderismo* antiguo venció á la religión cristiana, haciéndola el apoyo más firme del *mercaderismo* actual.

### IV

La sed de oro ha prostituido al hombre.

El rey de la tierra, ha desechado de sí las grandes virtudes y ha acogido con fruición los grandes vicios; las pasiones se albergaron en su corazón sembrándole de perfidias, y su cerebro alimentaba quimeras. En estas condiciones tuvo su origen el cáncer social, á cuyo influjo los hombres organizaron ejércitos para destruirse mutuamente bajo el frívolo pretexto de la integridad de la patria.

El patriotismo ha sido en todos los tiempos la pantalla de la insensatez. La patria del hombre es la tierra ¿á qué pues, esas luchas? ¿No somos todos hermanos? ¿No formamos parte de la humanidad? ¿No son universales los progresos de la ciencia, del arte y de las manifestaciones de la inteligencia? Morse es de todos los países; Lavoisier de todas las naciones, Cervantes de todos los pueblos, Newton, de todas las patrias. La humanidad es una é indivisible; debe engrandecerse por el amor, debe realizar su misión de progreso, hermanando todas sus tendencias, protegiendo todos los adelantos, prescribiendo todas las rivalidades, siendo enemiga de todas las luchas.

El poder del oro no ha de absorberlo todo y robar la paz y la felicidad de los hogares; no ha de esclavizar al hombre hasta el punto de convertirlo en una fiera despiadada que nada respeta ni perdona.

El hombre tiene derecho á la libertad y es dueño absoluto de ejercitar sus acciones bajo su exclusivo criterio, y en pro de sus intereses propios; es criminal obligarle á trabajar para fines ajenos sin garantizarle la seguridad de sus afecciones y sentimientos. Como ser inteligente y libre, tiene derecho á la propiedad, á la familia y al mejoramiento de las facultades que recibió del Supremo Hacedor; tiene también deberes para con Dios, para consigo mismo y para con sus semejantes; tiene el deber de conservar y mejorar su naturaleza intelectual, moral, sensible, material y social, y para cumplir su misión ha menester ser libre. El oro es un señor déspota que convierte al hombre en un esclavo y a veces en idiota.

El progreso de las costumbres va dulcificando esta tiranía, pero sin embargo es de temer que no desaparezca por completo mientras el virus del *mercaderismo* no sea desalojado del cuerpo social. La generación presente, y la que empieza á vivir serán víctimas también de esta plaga que nadie se atreve á combatir. Ya lo ha dicho Romieu:

«Mientras viva la generación presente no será posible fundar nada, porque para fundar cualquier cosa permanente y que tenga su razón de permanencia, es preciso que aquellos entre quienes se fundan tengan la idea de su estabilidad. La Universidad, las escuelas primarias, los diarios, la familia misma, han educado á esta generación de tan singular manera que no la es posible quedar satisfecha con ninguna institución, sea la que quiera. Apenas nacidos se nos ha enseñado el ateísmo; se nos ha nutrido con sarcasmos, con epigramas contra todo poder, se ha preparado nuestro ánimo para la facultad única de abatir lo que está alto y elevar lo que está bajo; se nos ha dado como educación lo contrario de lo que consolida, coronando desde nuestros primeros estudios los temas que sostenían ó celebraban los trastornos. Al par de nosotros y más abajo, una porción inteligente ha reunido las migajas de esta mesa emponzoñada. Se las arrojamos con agrado, y ahora más enferma que nosotros mismos, se pasea en sus furiosas convulsiones sobre los restos del banquete. ¿Pensáis sosegarla con cambiar de convidados? ¡Error! No se rendirá más que á la fuerza, co-

mo un tropel de borrachos, de que sólo la patrulla puede sacar partido.»

¿Qué puede esperarse de tal estado de cosas? La perversión de las costumbres ha engendrado la indiferencia para todo lo noble y para todo lo grande. La idea de humanidad, que parece universal á primera vista, no es, sin embargo, más que leve destello de un fuego que ya no existe. Para combatir esta terrible enfermedad social, sería indispensable contar con el esfuerzo de la generación naciente; era preciso reconstituir el edificio de la religión cristiana sobre sólidas bases, haciendo del hombre una entidad sagrada; pero ¡cuán lejos están nuestros sucesores primeros de poseer la energía suficiente para llevar á efecto la gran idea de la regeneración humana!

La educación moral de los pueblos modernos ha de producir grandes trastornos á medida que las necesidades vayan creciendo. El indiferentismo para todo lo que constituye el engrandecimiento individual del hombre, es en nuestra sociedad germen de inevitables desgracias, porque si por un movimiento innato, la humanidad progresa como corporación, el individuo retrocede como entidad aislada. Podrá llegar un tiempo en que la humanidad arranque á la naturaleza portentosos secretos que harán la existencia más agradable, pero el infeliz que se vea imposibilitado de coadyuvar con sus fuerzas al adelanto común no será admitido al disfrute de tantas ventajas.

El imperio del oro es absoluto. El que nace en la opulencia puede hallarse tranquilo, aun cuando el universo se hunda: con un puñado de oro, podría lograr que lo sacaran otra vez del abismo. El que por su desgracia venga al Planeta sin más riqueza que su corazón esforzado, sólo verá ante sí una senda cubierta de abrojos, y en sus semejantes capataces crueles que azotarán su rostro con el látigo del orgullo, y cuyo egoísmo será tan extraordinario como su insensatez. Renegará de la humanidad que le ha obligado á envidiar la suerte de las aves sencillas. El día que las naciones de Europa curen de su dolencia, los pobres y los ricos podrán sentarse á la misma mesa: la del progreso.

(Se continuará.)

SANTIAGO ARAMBIET.

## LEYENDAS MUZARABES

### LA TOLERANCIA ATA: EL FANATISMO DISCREGA

VIII

Aún no doraba el sol las verde-oscuros cumbres de Peña Solana y Teso Redondo, cuando ya el diligente colono del palacio de los Villalones nos hacía servir el desayuno y nos invitaba á dar después un paseo matinal en dirección á lo que, si fué en sus días frondoso monte, talado y devastado por las indigencias é inclemencias de nuestros tiempos, ofrecía solamente algún que otro vestigio de lo que había sido.

Llegamos, en efecto, á un altozano, en el cual tres solas encinas, formando un triángulo, daban con sus redondas copas apacible sombra en su alrededor.

—Tomemos aquí descanso—dijonos el hidalgo—porque á la sombra de las *Tres hermanas* nos será á todos muy grato escuchar la historia de los sucesos, cuyo relato comenzó ayer nuestro querido Doctor.

El sitio no podía estar mejor escogido. Descubriábase al Nordeste las agujas de las cien torres é iglesias de Salamanca, esbelta y ceñida con el cinturón de plata que remeda el cristalino Tormes: á nuestros lados se prolongaban las crestas del macizo Montalvo como los brazos de un atleta, y á nuestros pies, se extendía como verde alfombra el magnífico Valmauza, con todos sus ramales, que hacen tan accidentado el terreno, como susceptible de producción y de embellecimiento.

Sin el atractivo de la interesante historia, cuyo hilo habían cortado las necesidades del estómago y del descanso, hubiéranse pasado deliciosamente el día en aquel sitio, embelesado en la contemplación de tan bonito panorama, ó haciendo calendarios al libre antojo de la imaginación. Pero á la oportuna indicación del discretísimo labriego, los cuatro amigos se apresuraron á tomar asiento sobre el enjuto cesped, buscando por respaldo los seculares troncos de las *Tres hermanas*: y en esa situación volvió el Doctor á tomar el hilo de la interrumpida historia.

—¿Veis—dijo, señalando en dirección al Sur—veis aquel cerrillo, de forma oval, á cuya vertiente meridional se halla situada la huerta de nuestro amigo? Pues sobre ese cerrillo se levantaba, en el año 939 de nuestra Era, el palacio encantador de Al-Mondhyr, á donde, esquivando el río y la ciudad, la viuda heróica y la hermosa y desconsolada hija del generoso amigo y deudo de Abderramán III, vinieron á refugiarse la noche que siguió á la sangrienta batalla de Alhándega.

¿Por qué se habían alejado de tan embelesadora como apacible morada? ¿Por qué se encontraban en el castillo de Alkhandec, en tan aciagos momentos? Nada de esto era un misterio para los habitantes de esta comarca, en aquella época, ni para la gente granada de la ciudad y de sus cercanías.

A raíz de la invasión de los moriscos, los árabes, los sirios y aun los egipcios mismos, formaban una masa más ó menos compacta entre sí, pero que no podía ni quería fundirse con los Bereberes del Magreb, los cuales aunque adheridos á los primeros por el vínculo de la creencia religiosa, eran una raza inferior para aquellos; eran su carne de cañón—como ahora se dice—y los empujaban siempre delante, negándoles y, si esto no era dable, arrebatándoles la parte más bella y más pingüe del botín que fueron los primeros á ganar en España. Los Bereberes no lo desconocían. Habían sido primeramente vencidos, diezmados, maltratados por el invencible Hassan, el conquistador de Carthago. Sometidos después al yugo del khalifato de Oriente, bajo los estandartes del Profeta, venían formando en España la vanguardia de Muza y de sus árabes. Ellos eran los que habían arrancado á los godos la costosa victoria del Guadalete, y llevando siempre lo peor de los combates en las sucesivas campañas, se veían sin embargo relegados por los árabes á las llanuras de Extremadura y de la Mancha y á las ásperas montañas de León, de Galicia y de Asturias, donde estuvieron siempre sufriendo los embates de los indomables cristianos, de una parte, y de otra los desprecios y malos tratamientos de los árabes y de los sirios. Grandemente irritados contra éstos, expiaban, como el potro cerril que tasca el freno, toda ocasión y toda coyuntura á propósito para romperle. Numerosos y fieros como eran, amantes de la independencia y tan refractarios al yugo de la disciplina y de la ley, como anhelosos de dominación y de medro, deseaban emanciparse de la tutela y campar por sus respetos.

Al rumor de una formidable sublevación de sus compatriotas en Africa, allá por el año de 753, el fuego de la ira, aventado por el soplo de la tormenta, encendió sus ánimos y una terrible insurrección estalló en Galicia; insurrección que como una chispa eléctrica se corrió por todo el Norte, excepción hecha de Zaragoza, donde preponderaba el elemento árabe. Formóse contra éste en pocos días una avalancha de bereberes, que reforzada con los de Coria, Talavera y Mérida, cayó sobre los árabes andaluces. Pero éstos se unieron ante el común peygro y repuestos de la sorpresa dieron una lección tremenda á aquella masa de bereberes sin cohesión y sin condiciones de mando. Ninguno de ellos regreó á sus hogares. Los que no perecieron al filo de los alfanques damasquinos y de las agudas lanzas yemenitas, fueron relegados al Africa, donde los árabes los trataban no menos dura y oprobiosamente.

Esta catástrofe, unida á la de la sequía y del hambre consiguiente que durante cinco años hubieron de sufrir los moros situados en las provincias del Norte, dejaron en ellas, sino extinguida, grandemente mermada la raza bereber, que en sus impetus de avasallamiento y de conquista habían llegado á poblar ó á despoblar hasta el territorio que baña el Eo en su desembocadura.

Las luchas intestinas promovidas y sostenidas entre los musulmanes por la ambición y las intrigas de sus caudillos, acrecentaron los efectos desastrosos para ellos de aquellas catástrofes, las cuales juntas hicieron menos difíciles los señalados triunfos alcanzados por Fruela, por Mauregato y por Alfonso el Casto.

Quedaron todavía en las provincias del Norte restos diseminados de la raza bereber, y de ello dan vivo testimonio nuestros maragatos—habitantes de la comarca pedregosa y estéril al Oeste de Astorga, que las antiguas crónicas y las historias árabes denominan *Malacantia*,—cuyo traje y cuyo acento mismo están denunciando hoy mismo su origen ó su parentesco.

IX

Porque habéis de saber, amigos míos, prosiguió el Doctor, que el árbol genealógico español es de lo más variado y lo más bello que puede existir en su género. La exacta clasificación de las corrientes de su savia y los matices variados que ellas dan á sus ramas y sus frutos, todavía no se ha hecho con la escrupulosidad que el asunto demandaba.

Si exceptuamos á la raza euskara, con su escalafón cerrado y su acudamiento, hasta hoy día incontrastables ninguna otra se mantiene sin cruzamientos y sin mezclas. No obstante lo cual, los caracteres indelebles de los tipos primitivos y radicales permanecen visibles en medio de los trabajos de asimilación, obra de los tiempos y de los hombres.

Un ojo experto y fino podría distinguir, aun dentro

de lo que se llama raza latina, al *celtíbero* del romano y á éste del griego; en la raza indo-germánica podría distinguir al *suevo* del godo; y entre los sucesores de Tarec y de Muza, al fornido *bereber* del árabe enjuto y espiritual. Esto, sin contar al *hebreo*, que sobrenada y se distingue de todos, como el aceite sobre el agua, y prescindiendo, como imperceptible matiz del fenicio y cartaginés.

He ahí nueve ó más distintos arroyos que, marchando desde hace treinta siglos á la confluencia de un río, se resisten todavía á confundir sus aguas. Verdad es que á las dificultades y resistencias naturales se han agregado, para impedirlo, las artificiales. A las antipatías de raza, de índole, de idioma, de carácter, de costumbre, se han juntado los intereses egoístas del caudillaje, la ambición de mando... todas las pasiones que alimentan la discordia, y por cima de todo y más que todo junto, el fanatismo religioso y la consiguiente intolerancia en materia de religión y de creencias.

Hay, sin embargo, que convenir en que no participaron de ese transcendental y funestísimo error los árabes de la conquista y los primeros reyes cristianos de la reconquista. Ahí están, entre infinitos otros testimonios fehacientes de esa verdad, las capitulaciones [memorables de Toledo, de Mérida y de Lorca, firmadas por Tarec, por Muza y por Abdelaziz. Ahí está la que después firmó el propio Alfonso VI. Y sobre todo, vivas están en el suelo las huellas que dejaron Mozárabes y Mudéjares, aunque no estuvieran vivos, como están, sus recuerdos en la historia.

Porque es de notar que, merced á las crónicas de aquella época, escritas todas por clérigos, y merced al fanatismo religioso que atizó el fuego de las discordias, el rencor de la intolerancia y las llamas de los autos de fe; merced, digo, á todo eso, hay un grande error todavía acreditado en el vulgo.

Imagínase, como dice cierto sabio portugués, que el hombre del Evangelio y el hombre del Korán, solamente con la espada en la mano, podían encontrarse; que entre ellos no era posible la concordia, ni la clemencia, ni una ligera tregua; que su reciproco odio no podía ni aun aplacarse por medio de los denuestos, porque vocando unos frente á otros, no se entendían; que aquel odio inextinguible había abierto un abismo entre los dos pueblos; que los respectivos soldados, al pasar las inciertas y siempre variadas fronteras, no pensaban en otra cosa que en difundir la consternación y el espanto por medio del asesinato y del incendio; en fin, que entre los dos pueblos las manos estuvieron siempre armadas del acero y las lenguas del anatema. Tal idea han hecho concebir las crónicas del tiempo y las posteriores exageraciones dictadas por el espíritu de intolerancia. Se trataba de aniquilar á los enemigos de Dios. La crueldad era piadosa y la brutal fiera era santa. La compasión con ellos no sólo debía ser insensata, sino criminal. El que vencía se encontraba absuelto de todos sus pecados; el que era vencido ganaba la palma del martirio. Matando y devastando se adquiría la tierra y se alcanzaba el cielo. Todos los caminos conducían á la gloria.

Pues bien; sin ser enteramente falsa esa idea, dista muchísimo de la realidad de los hechos. Esas mismas crónicas, historias y anales, no niegan que, dentro del mismo siglo de la conquista, cristianos y musulmanes se trataban amistosa y familiarmente, celebraban pactos y alianzas, se prestaban mutuos servicios, se enlazaban con los vínculos del matrimonio, y lo que es más, militaban unos bajo las banderas de los otros. ¿No reinó en Asturias Mauregato, siendo hijo de una mora, y hubiera reinado en Castilla el hijo de *Zaida* á no haber perecido en la batalla de Uclés?

No, no; esas antipatías, que se dicen eternas; esos odios, que se suponen implacables, no son verdad. Es tan poderoso el resorte de la sociabilidad en los hombres; tan grande influencia ejerce el continuo y necesario trato, y tales atractivos tenían en aquella época la cultura de los árabes, su bello idioma, su política de asimilación y el vuelo que desplegaron entre ellos las artes, las ciencias y la industria, que después de la sangrienta batalla y victoria del Guadalete sometieron sin gran dificultad á su imperio—mucho menos pesado, después de todo, que el de los godos sobre los romanos,—á la inmensa mayoría de los cristianos de España. Los que se refugiaron á las breñas inaccesibles del Norte fueron los más osados, pero los menos en número; fueron los más fieros, pero no los más cristianos. Los otros, á su vez, ejercieron una influencia saludable sobre los moros, á los cuales, si es cierto que eran inferiores en industria, en idioma, en ciencia y en cultura, eran de fijo muy superiores en religión y en elementos de progreso para la vida política y social.

Más que ningún otro territorio; más que ciudad alguna de España, pudo Salamanca dar testimonio de esa verdad hasta los primeros años del siglo XII. Cuando ella alcanzó á ver por primera vez los estandartes del Islam, eran ya conocidas las capitulaciones de Toledo, de Mérida y de Córdoba: se había ya demostrado, lo inútil de la resistencia de aquellas ciudades y la fidelidad con que los moros vencedores cumplían á los vencidos lo pactado. Era ya público que no sólo toleraban, sino que respetaban la religión de los cristianos y les permitían el culto en sus iglesias. Que les dejaban el domi-

paredes del estudio había; pero nadie se dió por entendido del cuadro misterioso ni de la cuerda de cáñamo que habían hecho célebre al pintor, tanto ó más que el indudable mérito de este.

Conociendo el amigo de Jaime la natural curiosidad de Isabel y Clarita por examinar detenidamente el cuadro, llamó la atención de aquel sobre otro, que ocupaba casi por completo la pared opuesta á la en que se hallaba la cuerda de cáñamo, y que representaba el cadáver desnudo de un hombre arrojado á solitaria playa por las encrespadas olas del mar en una noche tempestuosa.

—Dime Jaime, ¿por qué no has presentado en la Exposición este magnífico lienzo?

—¿El fin de un drama?—preguntó Jaime—Porque como notarás el fondo está sin concluir.

—Pues debe V. concluirlo cuanto antes, porque le dará á V. honra y provecho,—afirmó el duque.

—¡Ay, señor duque! Se ve uno precisado á pintar cuadritos como «La petenera» que acaba usted de ver en el caballete, porque se venden con más facilidad, y es preciso atender á las urgencias inmediatas de la vida antes que al porvenir y la gloria—dijo Jaime.

—¡La lucha por la existencia! ¡El eterno y gran problema del hombre!—exclamó sentenciosamente el duque.

Mientras hablaban con Jaime su amigo y el duque, Isabel y Clarita contemplaban á su sabor el cuadro de la cuerda de cáñamo.

—No cabe duda—decía Clarita á media voz—de que el joven que está arrodillado y besando la mano de la moribunda es él, aunque no se le ve la cara, se comprende, y lo que es ella es su madre. Mira sino cómo se le parece en el perfil del rostro y en todas las facciones, sin más diferencia que los ojos de esa mujer son azules y los de Jaime negros. El cura será el confesor de la enferma.

—¡Y qué simpática y hermosa es! ¡Interesan esa bondad y resignación que resplandecen en su semblante! ¡Se ven marcadas en él las huellas dolorosas de muchas penas y acerbos sufrimientos! ¡Parece una mártir cristiana en sus últimos momentos!

Al concluir de decir estas palabras, volvió la cabeza Isabel para convencerse del parecido de Jaime con la moribunda del cuadro, y sus ojos se encontraron con la insinuante mirada de gratitud y afecto que el joven tenía fija en ella. Los bajó avergonzada y el carmin del rubor embelleció su rostro.

—Usted lo ha dicho, señorita,—dijo Jaime, con natural y sentida expresión.—¡Fué una santa y una mártir! ¡Su historia es una historia de lágrimas y dolor! ¡Pobre madre mia!

Y se acercó á las dos amigas. Su compañero y el duque hicieron lo mismo y formaron grupo con ellas frente al cuadro.

—El que está arrodillado soy yo, en el traje que he vestido hasta hace unos cinco años; es el del país en que nací y me he criado. Mi madre era de una humilde familia de la alta montaña de Cataluña. Ese sacerdote es mosen Juan, el cura del pueblo. que quería mucho á mi madre, porque sabía cuánta era su bondad y qué inmerecidas habían sido sus desventuras—continuó diciendo Jaime.

—¿Y esa cuerda que hay en la pared...?—empezó á decir Clarita, refiriéndose á la pintada en el cuadro.

Sin dar tiempo á que Clarita concluyese la pregunta, Jaime contestó señalando la que había en el estudio suspendida de una escarpia:

—Es la misma que ven ustedes ahí. ¡Por ella se puede decir que vine al mundo!—exclamó con cierto deje de amargura.

Hubo algunos instantes de silencio, hasta Clarita había enmudecido. Jaime fué el que le interrumpió.

—Miren ustedes—dijo—una humorada que tengo en boceto. «La esperanza de la casa». Una familia de gitanos pobres contempla en un corral un buche de pocos días, que cuando sea grande piensa vender su amo á buen precio.

Se hacia ya tarde, las sombras de la noche empezaban á invadir el estudio. El momento de la despedida llegó. El duque se ofreció con toda cordialidad á Jaime, y encareció el gusto que tendría en verle honrar sus salones; le rogó que fuese para ver los cuadritos en que entretenía sus momentos de ocio Isabel, y le indicó su deseo de que retratase á ésta. A todo se mostró muy agradecido Jaime, que quiso acompañarles hasta la puerta de la calle, pero el duque no lo permitió.

Al subir al coche Clarita, dijo á su amiga:

—¡Lástima de joven que no sea de clase!

—¿Por qué dices eso?—preguntó Isabel con extrañeza.

—Porque si lo fuera no me desagradaría; si te he de decir la verdad, que me hiciera el amor. ¿Y á ti?

Isabel no contestó. Pero Clarita no era de las personas que respetan la discreta reserva de los demás, é insistió:

—¿Que dices? ¿No me has oído?

—¡Que cosas tienes, mujer!—exclamó Isabel.

En esto el duque y el pintor habían subido ya al coche, que partió al trote de sus briosos caballos.

Amor contrariado

I

Bien pronto se enteró todo Madrid; Isabelita Raimundez, perdidamente enamorada del pintor Jaime Vais, estaba en relaciones amorosas con él. No pudiendo los maldicientes cebarse en otra cosa, porque los amantes no daban motivo para ello, comentaban la desigualdad de nacimiento y acriminaban á Isabel que hubiese dado su corazón á un hombre de humildísima cuna que llevaba, según se decía, el apellido de su madre, una pobre payesa de Cataluña que murió soltera. No faltaba quien recordase que la madre de Isabel había hecho un matrimonio desigual contra la voluntad de toda su familia. Isabel, la virtuosa e incomparable Isabel, de cuyas cualidades morales y extraordinaria discreción se hacían lenguas más de cuatro, iba á proporcionar la segunda edición del disgusto que su madre les había ocasionado.

Muy ajenos estaban Isabel y Jaime de ser objeto preferente de conversacion en la buena sociedad madrileña. Creían que todo el mundo ignoraba sus amores, como si fuese el amor tan fácil de ocultar, y ellos hubieran sido tan dueños de sí mismos que no hubieran dado públicas muestras de su mútua pasión. Jaime, antes retraído y siempre taciturno, desaliñado en el vestir y que jamás se dejaba ver en paseos ni espectáculos públicos, era ahora comunicativo y hasta lenguaraz, vestía con la pulcritud de un sietemesino, concurría á la Castellana montado en un magnífico alazan, y asistía con frecuencia al teatro Real; dando la casualidad de que su presencia en el paseo y en el teatro coincidía con la de Isabel. Pero lo más notable, lo que había convencido á los más incrédulos, era la asiduidad de Jaime á las reuniones, así de confianza como saraos de los duques de Campoverde, y que el taciturno pintor llegaba al extremo de bailar en ellas, por cierto bastante mal, con Isabel ó su amiga Clarita Mendoza. Los negros y hermosos ojos de Isabel eran demasiado expresivos para que en sus miradas á Jaime no irradiasen todo el fuego de la pasión que abrasaba su alma, y los no menos hermosos y negros del afortunado pintor no eran más discretos que los de su amada.

La historia de sus amores era de las más sencillas. Una mútua corriente de simpatía había sido en ellos la inmediata consecuencia de su primera entrevista el día en que Isabel visitó con su abuelo y Clara el estudio del joven pintor. A Isabel le pareció que realizaba la hermosa figura y gallardo continente de Jaime, su misma excesiva seriedad tan impropia en un joven. Jaime encontró á Isabel tan hermosa como discreta. Cuando obligado por la cortés invitación del duque fué á ver las acuarelas y los cuadritos de Isabel pudo apreciar que la ilustre aficionada tenía verdadero corazón de artista, y la animada conversacion en que se comunicaron sus más íntimos entusiasmos por el difícil arte de Apeles, hizo que moralmente se acortasen las distancias entre la linajuda aristócrata y el humilde hijo del pueblo que, inconscientemente personificó, desde aquel día en la hermosa Isabel, el hasta entonces único objeto de sus amores; el arte.

Para que Jaime la retratase, Isabel empezó á ir por la tarde al estudio del joven pintor, acompañada las menos veces por su abuelo y las más por su aya, alta y escuálida inglesa, de guedejas rubias, color de lino súcio, de huesoso rostro y tez rojiza, y de nariz larga y afilada, á la que servían de inseparable complemento antiparras de cerco de oro. Vestía siempre falda de merino, sombrero negro de castor, y en invierno abrigo entallado de tricot. Llevaba al estudio, para entretener el tiempo, una labor de *crochet*; amenazada de eternidad, pues apenas el grato calor de la estufa, cerca de la que se sentaba siempre, confortaba á la severa *Mis*; reclinaba ésta la nuca en el respaldo de la butaca con grave detrimento de su estrafalaria *toilette*, haciendo pública, y si se quiere, insolente manifestacion de

las ventanas de su prominente nariz; se dormía profundamente y roncaba como un sochantre en el coro. Su vigilancia no hubiera sido, por lo tanto, serio obstáculo para que los enamorados llegasen á entenderse y entablaran con entera libertad interminables coloquios amorosos: la barrera que lo impedía estaba en ellos mismos y era su invencible y natural timidez.

En las largas sesiones, (porque Jaime, para gozar de la presencia de su amada, procuraba prolongarlas todo lo posible), que invertía el enamorado pintor en trasladar al lienzo la despejada frente, rostro ovalado, mate y pálida tez, nariz aguileña, negros cabellos y aun más negros ojos, esbelto talle y hermoso busto de Isabel, no se cruzaban entre ambos más palabras que las precisas al objeto que ocasionaba entrevistas tan peligrosas para la tranquilidad de su existencia. Ellos callaban, el aya roncaba, y sus sonoros ronquidos eran el único ruido que acompasadamente interrumpía el silencio sepulcral que en el estudio reinaba.

Pero si las lenguas permanecían mudas, los ojos hablaban con más elocuencia que hubieran podido hacerlo aquellas. Al examinar Jaime como pintor, las hermosas y correctas facciones de Isabel, se extasiaba en su contemplacion como amante, y entonces ella, roja de rubor, bajaba los ojos, y al entornar los párpados, sus negras y largas pestañas, cual densa cortina aterciopelada, amortiguaban los vivos resplandores que por aquellos despedían las llamas del voraz incendio que abrasaba su alma. Cuando Jaime, vuelto hácia el lienzo, daba algun vigoroso toque que animase con vida real la imagen de Isabel, aprovechaba ésta tan breves instantes en la contemplacion apasionada de la gallarda y varonil apostura, blanco y prolongado rostro, enérgicas facciones, cabellos castaños y negros ojos del pintor, y sus miradas establecían poderosa y magnética corriente entre ambos corazones y envolvían á Jaime en un ambiente de amorosa pasión. Con frecuencia Jaime, al fijar la vista en su amada, la sorprendía con sus expresivos ojos fijos en él. Entonces sentían ambos un estremecimiento nervioso, sus miradas se cruzaban por un instante más breve que la duracion de un relámpago, como centelleantes aceros que herían nuevamente sus ya apasionados corazones.

La pasión que perturbaba su alma, al no hallar expansion al exterior por la firme voluntad de Isabel, era interiormente en ella más potente y avasalladora. Abatida, victima de febriles insomnios, sin apetito, se desmejoraba notablemente y su palidez y tristeza llegaron á aterrar á sus abuelos, que no podían explicarse la causa. Negábase á salir á paseo, no asistía á la Opera, cuando la música había sido siempre uno de sus más apetecidos placeres, y hasta tenía olvidados los pinceles en un rincon de su cuarto de estudio.

II

Sin otro afán que el de no faltar ninguna tarde al estudio de Jaime; en la satisfaccion de él, más bien que alivio encontraba exacerbacion al desasosiego ó inquietud que la atormentaban. Por grande que fuera el deseo de Jaime de hacer interminable el retrato de Isabel, estaba en realidad concluido ya éste. Isabel se disponía á ir por última vez á su estudio. Privada de verle en adelante, tal vez para siempre, al que era dueño de su albedrio, sentía Isabel una angustia tan grande cual si la amenazara el próximo peligro de ser enterrada en vida.

FRANCISCO MARTÍN ARRÚE.

ESTADOS UNIDOS DE VENEZUELA

PASADO Y PRESENTE.—LA OBRA DE UN HOMBRE.—GUZMÁN BLANCO.—ALCÁNTARA.—CRESPO.

Hace muy pocos años todavía que en esta noble España, madre de nuestra raza, nadie se ocupaba de nuestros pueblos de América, y si de vez en cuando lo hacía su prensa, era tan sólo para hablar de nuestras dimensiones domésticas, de aquellos días tristes y sombríos en que, confundiendo todo en las corrientes revolucionarias, había llegado á creerse que los pueblos de la joven América nacieron para vivir alejados del movimiento de la civilización, rebeldes al trabajo, enemigos del orden y sólo contentos en medio de los combates sangrientos.

Los diarios franceses é ingleses especialmente

experimentaban cierta complacencia en hablar de *South América*, frase que se había inventado como símbolo de barbarie, oscurantismo y atraso, no existiendo para los escritores que de nosotros se ocupaban nada digno de respeto ni consideración en las vastas comarcas que el genio fantástico de un hombre arrancó un día al silencio de los mares, para presentarle á la humanidad redimida como el vergel risueño en que debían encontrar hogar todos los oprimidos de la tierra.

Aquí se seguía en parte la huella de aquella propaganda; y si bien escritores apasionados nos creían también en un estado de barbarie permanente, preciso es convenir en que menos duros eran sus ataques, y menos sangrientas sus acusaciones, comprendiendo sin duda que aquellos sobre cuya frente fulminaban sus anatemas, eran hijos de la misma cariñosa madre, llevaban en sus labios el mismo majestuoso idioma, y en sus venas esa sangre que tantas veces ha caído sobre las causas nobles como el bautismo de gloria que las engrandecía.

Se nos veía combatir en los campos de batalla;

Se nos veía envueltos en los torbellinos fogosos de la anarquía;

Se nos veía muchas veces siguiendo la bandera roja enarbolada por algún caudillo improvisado en un motín de cuartel;

Se nos veía postrados á los pies de algún tirano como Rosas y Santana, soportando en aparente calma sus caprichos y su barbarie;

Se nos veía perder el tiempo en discusiones estériles sin hacer nada por la organización de los pueblos y mucho menos por su civilización y cultura; y de aquí, de este estado embrionario en que vivíamos, de esta agitación revolucionaria que nos enardecía, llegaba á creer en España también que éramos indignos de nuestro origen, y que, fustigados por las demás naciones del continente, merecíamos ser despreciados por los que nos habían dado su sangre, su idioma, su tradición, y aquella cruz misteriosa que los primeros conquistadores pusieron en manos de nuestros indios para servir más tarde de símbolo augusto á nuestras creencias religiosas.

¿Era justa esta creencia?

¿Eran justos aquellos juicios que así nos empequeñecían?

En los momentos en que escribimos, no habrá un sólo hombre honrado que lo pueda sostener; porque si las jóvenes naciones americanas han pasado por grandes guerras y trastornos; si durante algunos años se han arrastrado en las orgías de la anarquía, con gobiernos que pisoteaban todo derecho proscribiendo la hermosa libertad de su suelo, ellas no han sido una excepción en la vida de las demás naciones, que antes de saludar en sus horizontes la paz, el orden, la organización de sus gobiernos, el respeto á la ley y á la justicia, el trabajo y el progreso bajo cuyos auspicios risueños han podido constituirse y organizarse, han pagado también su tributo de sangre y luto y lágrimas á las grandes luchas que han conmovido el suelo de la Europa entera durante muchos siglos de su turbulenta existencia.

Entonces, ¿por qué hacerse una excepción con nosotros?

Y ya que se hizo, ¿por qué cuando la tormenta ha pasado, cuando el arco iris ha subido á los cielos, cuando manos amigas han despedazado el sangriento estandarte de la guerra y legiones de trabajadores han levantado en alto la oliva de la paz, no se ha dicho con verdad y propagado con honradez, tributando la justicia que se merecían esas jóvenes nacionalidades?

¿Era acaso que á nuestros detractores les complacía vernos vivir en esa situación constante de anarquía y de barbarie?

¡Ah! si tal cosa pudiéramos admitir de otras naciones y de otros escritores, no lo admitiríamos jamás, ni de España, ni de sus periodistas, que aun cuando no fuera sino por el orgullo natural de raza, y por complacerse en la obra de sus propios hijos, asistirían con el alma empapada en júbilo y el espíritu flotando en mundos de alegría, al grandioso espectáculo que hoy presentan algunas de sus antiguas colonias, regeneradas por la libertad, engrandecidas por el trabajo y asociadas al movimiento regenerador de la humanidad en nombre de su cariño y de su amor á todos los pueblos.

¡Y cuán grande es nuestra satisfacción al ver que esto es lo que sucede hoy en España!

Ya no se habla con placer de nuestras revoluciones.

Ya no se recoge el eco de los combatientes que caen en los campos de batalla para hablar de nuestras luchas locales.

Ya no se habla de la tiranía de Rosas en la República Argentina, de la de Santana en México, de los caprichos de Castilla en el Perú, ni de aquellas horas sombrías en que la hermosa Venezuela, víctima de la ambición de los más audaces, vivía martirizada en un lecho de infortunios, esperando la aurora de un nuevo día para levantarse de su terrible prostración.

Los vientos y los tiempos han cambiado, y hoy la prensa española, en nombre de la verdad y la justicia, y de una dulce fraternidad que calienta todos los corazones, habla de la regeneración de esos pueblos, de los progresos que realizan, de la estabilidad de sus gobiernos, de la manera cómo allí se practica la libertad, y en fin, de ese hermoso conjunto que presentan la mayor parte de las repúblicas americanas en estos días de resurrección que hoy les sonríe, como augurio feliz del risueño porvenir que les espera.

Entre esas jóvenes naciones, una de las que más simpatías merece á España en la actualidad, es la República de Venezuela.

Razón hay para que así sea; porque de ellas pocas han pasado por transformaciones más completas, ni en pocos años han realizado conquistas más positivas en todos sentidos que la patria del inmortal Bolívar, donde un hombre, que parece haber heredado su genio, ha sido la vida, la acción, la iniciativa de un movimiento, destinado seguramente á hacer época en los fastos de la historia americana, por el origen que ha tenido, por las circunstancias que le han venido acompañando y por el éxito, que ha respondido á combinaciones, que no fueron, por cierto, la obra de partidos colectivos, sino de una sola individualidad.

Tanto hemos escrito en la prensa española sobre el triste pasado de Venezuela, y tanto hemos dicho de palabra en una docena de conferencias públicas sobre los verdaderos milagros allí realizados por el general Guzmán Blanco, que cualquier cosa que pretendiésemos decir ahora podría adolecer del defecto de la repetición, y de seguro no querríamos incurrir en él; pero cuadra al propósito que nos proponemos insistir sobre ciertos hechos fundamentales que establecen antecedentes y causas que pueden servir de premisas para llegar á las consecuencias que deseamos.

Más de cuarenta años ha cruzado la República venezolana días de anarquía, de luchas intestinas, de completo desgobierno y de revoluciones incesantes, en que todo se había perdido, hasta la esperanza de ver asomar una época en que, cerrado el período á tanta desgracia, se vislumbrase por fin en los lejanos horizontes la aurora de una nueva situación.

En aquellos pueblos, en que se improvisan prestigios, y personalidades que arrastran en pos de sí á masas inconscientes ó entusiastas, ya no había quedado ninguno en pie; los ídolos de la víspera eran los maldecidos del día siguiente, y en aquella bacanal de los partidos se vivía sin fe y sin esperanza, confiando quizás á la Providencia lo que ya no era dado esperar de los hombres.

Había duda, temor; había miedo de todo, hasta de las promesas de aquellos que, trayendo en los labios palabras de concordia, de libertad y de paz, prometían arrancar á la patria del lecho de dolores en que gemía.

En medio de ese general cataclismo y del descreimiento que abatía hasta las almas más bien templadas, apareció de improviso el general Guzmán Blanco, que, sean cuales sean los juicios de los contemporáneos, vivirá de una manera perdurable en el seno de la posteridad.

La imaginación se pasea con abandono por aquel mundo de desquicios y de desgracias, por aquellas ruinas y soledades, por aquellos campos cubiertos de cadáveres y empapados en sangre, por aquellas ciudades indefensas, saqueadas por soldadescos desenfrenados, por aquellos palacios de gobierno en que no existían gobiernos, por aquellos alcázares de la justicia en que la justicia estaba proscripita, por aquellos santuarios del derecho en que éste era juguete de los mercaderes del templo, y cuando esta imaginación, como viajera, fatigada después de larga travesía, llega á los días del presente, se espanta y se asombra, y se estasia al pensar y reconocer todo lo que ha conquistado y conseguido la audacia de Guzmán Blanco, su valor, su fe en los destinos

de la patria querida, y esa serie de obras y de trabajos que, escritos en cada piedra de la Venezuela del pasado, atestiguan la grandeza de la Venezuela del presente.

Apaga primero la afición á los combates de cada día; domina las pasiones de los combatientes; los aleja del terreno de la lucha armada para llamarlos al de una concordia feliz; les inocula el amor al trabajo, y cuando ya ha conseguido disipar de los horizontes las nubes de sangre que por él cruzaban, entra con paso firme al terreno de la reorganización y en él funda el gobierno de las instituciones, levanta el imperio de la ley, proclama la majestad del dechecho, regulariza la hacienda—controlando sus gastos en nombre de la honradez—difunde la educación en todos los ángulos de la República, pone en el robusto brazo de sus hijos la pala y el pico con que edifican y construyen; y haciendo de cada ciudadano vevovolano un hombre libre, les presenta una República perfectamente organizada, como fruto constante de sus trabajos y desvelos.

El país se consideraba feliz.

¿Y cómo no, cuando cruzaba una situación en la que no había soñado jamás?

Pero, agobiado por tanta tarea, fatigado de una lucha verdaderamente titánica, aquel hombre extraordinario—mortal al fin como todos los demás—sintió la necesidad del reposo para el cuerpo y para el espíritu; y creyendo que ya había completado su misión, y respondido fielmente á la confianza en él depositada por sus compatriotas, concibió el natural deseo de alejarse del país.

Al hacerlo, no sólo iba en busca de descanso, sino quizás de algo más importante todavía para la gloria de su nombre: demostrar á los pocos enemigos que no habían querido reconocer su gran obra, que en el momento más grande de su prestigio se alejaba voluntariamente del país para no dar derecho á nadie á que se le creyese cegado por la ambición de perpetuarse en el mando.

La situación de Venezuela *era su obra*, y lógico y natural debía parecer que tratase de conservarla como uno de esos tesoros que se adquieren á fuerza de grandes penalidades y sacrificios.

¿A quién se la confiaba?

A uno de los amigos que entonces parecía merecerle más confianza.

Había que nombrar al candidato que debía reemplazarle en la presidencia, y entonces puso todo el prestigio legítimo de que disponía para que fuese nombrado el general Alcántara.

Haremos aquí un paréntesis, porque nos duele en España hablar de las traiciones y de las miserias de nuestros hombres.

Diremos tan sólo que el amigo fué un Judas con el amigo: que faltó á todos sus juramentos y promesas, y que en vez de conservar la obra de Guzmán Blanco—que era la paz, el orden, el progreso y la pureza administrativa—lanzó á Venezuela á las corrientes sombrías de su triste pasado, convirtiendo el gobierno en una especie de *casa pública*, en que se despilfarraban los caudales del pueblo, se premiaba el vicio y se profesaba como religión odio implacable á la obra del hombre extraordinario, que con justicia llaman los contemporáneos el *Regenerador de Venezuela*.

Pero Alcántara no había contado con un hecho primordial: que cuando los pueblos han saboreado ya días de ventura, de prosperidad y engrandecimiento, después de haber cruzado envueltos en sangre una época de desquicio y luchas fratricidas, no se avienen fácilmente á volver á ella, mientras les quede un soplo de aliento.

Entonces Venezuela volvió de nuevo los ojos á Guzmán Blanco, que á la sazón se hallaba tranquilo cuidando en Europa de la educación de sus hijos: le llamó con insistencia, como se llama á los predestinados en quienes se confía, y Guzmán Blanco, abandonando su retiro de París, la tranquilidad de su hogar y las horas de reposo que estaba dando á su espíritu, no vaciló, tomó de nuevo el camino de la patria, llegó á sus playas, fué aclamado por su pueblo y una vez allí, inició de nuevo la tarea que después de muchos años de labor incesante, diera por fruto bendecido la situación legada al traidor Alcántara.

Aquí se pierde de nuevo la imaginación pensando en la obra colosal realizada nuevamente por el caudillo afortunado que venía al seno de la patria á levantar á Lázaro del sepulcro, remover los escombros del camino, edificar lo que estaba destruido,

siempre al gran artista. Sus obras predilectas son las que recuerda todo el mundo con mayor encanto; el personaje que él representaba en ellas era el que impresionaba más profundamente; donde se proyectaba la sombra de su elegante y fascinadora figura, quedaba algo de la sublimidad del genio. *El hombre de mundo*, *Borrascas del corazón*, *Don Francisco de Quevedo*, *Los soldados de plomo* y tantas obras como aquí podríamos consignar, son los títulos de su gloria y de su inmortalidad.

Recorrió casi todos los teatros principales de la Península; trabajó constantemente, algunas veces con la indolencia propia de los entendimientos superiores, pero en todas ocasiones con la conciencia de su valer y con el más puro respeto al arte de que fué, muertos Latorre, Luna y Guzmán, primer sacerdote. Le amaba tanto, que pocas veces quedaba satisfecho de sí mismo, aunque todo el mundo le aplaudiese sin medida. Esta misma circunstancia hacía que las palmadas y los vítores de los espectadores le conmoviesen profundamente.

Cuando aún se encontraba Romea en el vigor de su vida; cuando llegaba al apogeo de su gloria y los honores, el respeto y el cariño eran la recompensa de una existencia dedicada al trabajo, una grave enfermedad le tuvo alejado de la escena largo tiempo, hasta que en 1863 volvió á aparecer en ella, recibiendo las más entusiastas muestras de veneración y cariño.

Representábase por el eminente actor italiano Ernesto Rossi la comedia titulada *Sullivan*, y por la aplaudida actriz Carolina Civili *La casa de campo*. El público madrileño estaba preocupado por la ejecución de estas dos obras por ambos artistas, hasta el punto de olvidarse de nuestros actores, y en especial del insigne Julián Romea, que á tan inmensa altura rayaba en la interpretación de la primera de dichas obras.

Resentido el amor propio, ó si se nos permite, nacional de Romea, al considerar el ingrato olvido del público hacia sus artistas conciudadanos, pensó hacer un llamamiento á la memoria de todos, empujando la temporalidad con *Sullivan* y *La casa de campo*. Elisa Boldún fué la escogida para interpretar los diversos tipos de *La casa de campo*, así como Romea su favorito *Sullivan*.

*Sullivan* es, todo Madrid lo sabe y lo recuerda, una de tantas producciones dramáticas que convirtió en asombrosa creación el poderoso talento de Julián Romea.

Excusado es decir cómo ejecutaría aquella noche tan difícil papel, pues no se habrá borrado de la memoria de los que tuvieron la dicha de asistir á aquella función: al recordarla se cree escuchar todavía el atronador ruido de los aplausos que le prodigaba un público frenético de entusiasmo.

Mientras era llamada una y veinte veces á la escena por el público delirante, Romea murmuraba sollozando de alegría:

—¡Ya lo haré mejor, ya lo haré mejor!... ¡Si esta es la primera noche!

La última obra en que brilló, cuando se creía extinguida ya por la potente llama creadora que bullía dentro del cerebro del gran artista, fué *El bien perdido*, drama de Larra; y los últimos versos que sus labios han pronunciado en la escena española, los dijo en la del Teatro Principal de Barcelona, representando la comedia de Bretón, titulada *Ella es él*.

Entonces fué cuando sin poder llegar á la conclusión de la obra que hemos citado, fué retirado de la escena y conducido días después á Madrid, donde en el seno de su familia, sobrellevó con heroica resignación el espantoso martirio que le producía la terrible enfermedad que minaba lentamente aquella poderosa organización.

En 1858 dió á luz un folleto titulado *Ideas generales sobre el arte del teatro*, y al año siguiente un *Manual de Declamación* para uso de los alumnos del Real Conservatorio de Música y Declamación.

Desde esta época hasta su muerte desempeñó la cátedra de Declamación del Conservatorio.

Este genio de la escena pasó á mejor vida el lunes 10 de Agosto de 1868, en la inmediata villa de Loeches, á donde había ido en busca de algún alivio á su enfermedad. Tan triste noticia se divulgó con la instantaneidad del rayo por Madrid y el resto de las provincias de España, llevando la aflicción y el luto á sus amigos y admiradores.

Su cadáver fué trasladado á Madrid y enterrado en un nicho del cementerio de la sacramental de

San Nicolás y San Sebastián. Nada más conmovedor ni interesante que el entierro del inolvidable Julián Romea. Sin invitación pública ni privada, se vieron á cuantos cultivan y aman las letras y las artes, agrupados detrás del féretro del eminente actor con las lágrimas en los ojos, al considerar que con su muerte dejaba huérfano al proscenio y se llevaba á la tumba los sagrados misterios del arte, desapareciendo, tal vez para mucho tiempo, de la escena española, las obras de su repertorio, en señal de luto por tan irreparable pérdida.

En la noche del día en que se verificó el sepelio de Romea y estando reunidos unos cuantos actores y poetas, amigos y admiradores suyos, el inspirado vate Marcos Zapata leyó con triste y dolorido acento las siguientes quintillas:

«¡Yo mismo le ví enterrar!  
¡Y permitid que me asombre,  
Pues no me puedo explicar  
Cómo cabe tan grande hombre  
En tan estrecho lugar!

»¡Pobre Romea! ¿Quién fía  
En este mundo, si un día,  
De la eternidad en pos,  
Va el cuerpo á la tumba fría?  
¿Polvo al polvo? ¡Es ley de Dios!

»¡Ayer era! En las regiones  
Te ví del patrio proscenio,  
Sin hálito en los pulmones.  
Cautivar los corazones  
Con la magia de tu genio.

»¡Ayer era! Moribundo  
Tu corazón dolorido  
Con espíritu fecundo,  
Daba en cada frase un mundo  
Y un cielo en cada latido.

»Más ¡ay! ¡Cuán presto responde  
La muerte y todo lo siega!  
¿Dó está la gloria? ¿dónde?  
¡Una lágrima la riega  
Y un epitafio la esconde!

—¡Julián Romea finó,  
Clama el teatro angustioso;  
Julián Romea espiró;  
—¡Tú mueres y muero yo!  
Repite el arte lloroso.

»Y con augurios fatales  
Y memorias sepulcrales  
Su voz el arte levanta,  
Mientras el teatro canta  
Sus endechas funerales.

¿Será verdad? Sí, por cierto,  
Aunque amarga verdad es.  
¡Dobló con sonido incierto  
La campana por un muerto,  
Y debió tocar por tres!

»¡Descansa, actor soberano,  
De nuestro proscenio hispano,  
En la región de la gloria,  
Mientras te reza el cristiano  
Y te bendice la historia!»

Ningún actor desde la muerte de Romea, ni aun de los que más de cerca procuraron seguir las huellas del eminente artista, se atrevieron á galvanizar las figuras por él creadas y revestidas con las galas del genio, convencidos sin duda de que únicamente al águila es dado remontarse á ciertos espacios, renunciando á escalar una altura que para dominarla habrían sido inútiles todos sus esfuerzos.

El lunes 19 de Febrero de 1877 se celebró una función en conmemoración del natalicio de Julián Romea en el teatro Español, por los artistas que actuaban en la mayor parte de los coliseos de Madrid.

Un año antes los discretos actores del teatro de la Comedia consagraron un recuerdo y una corona á Julián Romea; primera flor dedicada por el arte á honrar la memoria del más ilustre de sus representantes. El respetuoso tributo de aquellos actores dió fecundas semillas, que brotaron con fuerza vigorosa al año siguiente en otro coliseo, en el clásico teatro de la calle del Príncipe, templo de nuestras glorias dramáticas, pedestal donde descansan las figuras de Rita Luna, Jerónima Llorente, Isidoro Maiquez, Carlos Latorre, Juan Lombía, Antonio Guzmán, Joaquín Arjona y Julián Romea.

La empresa y los artistas de aquel teatro á que dió nombre la Pachecha, no quisieron que trascurriera un nuevo aniversario del natalicio de Romea sin

dedicarle, no ya una flor y una corona, sino un espléndido ramillete y una diadema de príncipe en el arte, organizando para conseguirle una verdadera solemnidad en que depositaron su ofrenda autores y actores; es decir, cuantos recordaban en Julián Romea al fiel intérprete de sus concepciones ó al insigne maestro cuyos pasos procuraban seguir en la escena dramática.

Tomaron parte en esta solemnisísima fiesta las señoras Lamadrid, Boldún, Marín, Contreras, Cairón y Lombía, y los señores Valero, Vico (D. Antonio), Calvo, Vallés, Cepillo, Fernández (D. Mariano), Riquelme, Gómez (D. José) y Vega (D. Ricardo).

La obra elegida fué la bellísima comedia del maestro Tirso de Molina, *Marta la piadosa*, obra que interpretaron con notable acierto los principales artistas de la compañía.

Trascurrido el indispensable intermedio, alzóse de nuevo el telón, apareciendo todo el personal de la compañía del teatro Español y los artistas invitados de rigurosa etiqueta; el decano de nuestros actores D. José Valero, en unión de las señoras Lamadrid y Boldún, recorrió la cortina que en el fondo ocultaba el busto de Julián Romea; éste se hallaba colocado en el centro de la puerta correspondiente á la decoración del acto segundo de *Sullivan*, que, por respetuosa tradición, se conserva en aquel coliseo; en seguida, el mismo Sr. Valero leyó una poesía en que se explicaba el objeto de aquella solemnidad artística, coronando con un laurel de oro el busto de Romea. Después siguió la lectura de composiciones poéticas de los Sres. Zapata, Coello, Marquina, Serra, Lombía, Echegaray (D. José), Navarro y Gonzalvo, Fresneda, Vega (D. Ricardo), Arnao, Palacio (D. Eduardo).

El público aplaudió con repetición las poesías leídas y á los actores que las recitaron, quienes fueron depositando coronas de laurel sobre el pedestal en que se apoyaba el busto de Romea, á medida que iban cumpliendo su encargo.

He aquí la bellísima é inspirada poesía que leyó el hijo del inmortal autor de *El hombre de mundo*, D. Ricardo de la Vega:

«En verdad que es osadía,  
Si bien la intención es buena,  
Que yo en tan solemne día  
Pise la española escena  
Y haga escuchar la voz mía.  
»¿Quién soy yo? ¿Qué lira ofrezco  
Que á tan alto objeto cuadre?  
Ninguna: si aquí aparezo,  
Es que la voz de mi padre  
Me lo manda, y yo obedezco.  
»¡Canta á Romea, hijo mío,  
Canta con gozo profundo!  
Sin él, sin su genio y brio,  
Aun viviera en el vacío  
Tu hermano *El hombre de mundo*.

»¡Canta el dichoso momento  
En que al *Testamento* dió  
Tanto y tanto valimiento!  
Julián Romea nació  
Otorgando un *Testamento*.

»Pero el *Testamento* aquel  
Encerraba un gran tesoro  
En esta cláusula fiel:  
«Amo el arte de Isidoro,  
Y quiero morir con él.»

»Desde tan sublime día  
Ni tregua ni espacio había  
Para el aplauso creciente  
Que la alborotada gente  
Le regalaba á porfía.

»¡Canta, hijo mío, al actor  
Que hizo *Bruno el tejedor*,  
Imitando ruín persona,  
Y tejió con tal primor,  
Que se tegió una corona.

»De un eterno porvenir  
Halló las puertas abiertas:  
Por eso puedes decir  
Lo bien que supo salir  
De *Otra casa con dos puertas*.

»Recuerda al buen Don Martín  
De la *Marcela*, tan serio,  
Y tan gracioso hasta el fin;  
Y al pobre Don Eleuterio  
Del *Café*, de Moratín.

»Cuando sus males prolijos  
Contaba, el público todo  
Tenía los ojos fijos

En él. ¡Habla de un modo  
Cuando habla de sus hijos!...  
»Luchando con fuerza doble,  
Por él logró fama eterna  
Sulliván, honrado y noble;  
Fingiéndolo un pecho de roble,  
¡Y con un alma tan tierna!  
—¿Quién es aquel que aparece  
Sombrio? ¿Saberlo anhelas?  
Es Walter, que palidece  
Cuando en sombra se le ofrece  
*La huérfana de Bruselas.*  
»¡Arruga su faz maldita!  
¡Espantado, titubea!...  
¡Su cuerpo el temblor agita!  
No hace aspavientos, ni grita;  
¡Ese es un actor! ¡Romea!...  
»Mas recorrer el camino  
De su gloria, empresa vana:  
Él pasó con igual tino  
Desde Walter al vecino  
De *Una noche Toledana*  
»Desde el Miño hasta el Genil  
Grabe el eterno buril  
Su artística ejecutoria,  
Que un aplauso, y ciento, y mil  
Son pocos á su memoria.  
»Esto la voz paternal  
Murmura junto á mi sien  
Con acento sin igual.  
«Yo le habré expresado mal,  
Pero lo he sentido bien.»

Merecen alabanza los hombres que, cercados de dificultades sin cuento, sin más recursos que su trabajo y sin otros medios que sus propias fuerzas, logran vencer las adversidades de la suerte, y sobreponiéndose á preocupaciones todavía arraigadas en nuestra sociedad, á pesar del progreso de las ideas, ascienden como llamados por una voz interior á las regiones en donde obtienen por recompensa la estimación general, premio debido y á costa de innumerables sacrificios, alcanzado por los que consagran su actividad y su talento á la noble tarea de hermostrar la vida, enriqueciendo el catálogo de las obras de arte, siempre vivas en la memoria de la humanidad, y siempre admiradas por los que ven en las artísticas creaciones los destellos de la belleza infinita que ilumina todo el espacio de los mundos y todo el tiempo de la Historia.

ANTONIO GUERRA Y ALARCÓN.

## LA CUERDA DE CAÑAMO

Novela original

(Continuación.)

### II

Como diría un revistero de salones, á los del Duque de Campoverde concurrían las tres aristocracias: la del dinero, la de la sangre y la del talento, y en ésta figuraban no pocos pintores laureados en varias exposiciones. Fácil le fué al noble anciano, deseoso siempre de complacer en todo á Isabel, hablar entre ellos, quien manifestase á Jaime Vals el gusto que tendrían el Duque y su nieta en visitar el estudio del joven pintor. Un compañero de Jaime en Roma se encargó de hacerlo así, y la respuesta no se hizo esperar: Jaime Vals se consideraba muy honrado con la señalada distinción que el Duque de Campoverde y la señorita de Raimundez querían hacerle visitando su humilde estudio.

Jaime había vivido con gran estrechez, muy especialmente desde que para probar fortuna vino á Madrid, renunciando á la pensión que de la Diputación provincial de Gerona había disfrutado mientras estuvo en Roma. Hacía pocos meses que la suerte le sonreía, y estaba instalado muy modestamente en el último piso de una casa de la calle de Pelayo. Visitado su estudio por muchos hombres, todavía no lo había sido por ninguna señora ni señorita. Tal vez por esto, y muy á pesar suyo, le trajo muy preocupado la anunciada visita de Isabel Raimundez, hasta el extremo de que el día en que la esperaba no le fue posible dar una pincelada de nervioso que estaba. El ruido de cualquier carruaje que pasara por la calle le hacía estremecer. Tenía el presentimiento de que iba á influir mucho en su existencia la

esperada visita. ¿Por qué? ¿Quién sabe la causa de esos vagos y misteriosos anuncios del corazón, que presagian una desgracia en el momento mismo en que la felicidad nos colma de favores, ó un acontecimiento extraordinario cuando más tranquila y sosegada es nuestra vida?

Por fin paró un coche á la puerta de la casa; pocos instantes después llamaron á la del cuarto que habitaba Jaime, que se apresuró á abrir sin dar tiempo á que lo hiciera la vieja Ramona, que cuidaba de su ropa y comida y del aseo de la casa, ó el muchacho que le hacía los recados. Con su compañero de Roma venían el Duque, su nieta y Clarita Mendoza.

Sin fijar en ellas la vista, sentía Jaime las miradas de las dos jóvenes fijas en él y se ruborizó como una colegiala.

—Pasen ustedes—dijo, y echó á andar delante, más aún para disimular su turbación que para guiar hacia su estudio á los que venían á visitarle.

Clarita dijo en voz baja á su amiga:

—Se ha cortado el pobre al vernos. ¡Y es buen mozo! ¿No has reparado qué guapo es?

—Cállate, imprudente, que te puede oír—la respondió Isabel.

Y en efecto; Jaime lo debió oír, porque su turbación fué en aumento.

—El señor Duque de Campoverde, su nieta la señorita Isabel Raimundez y la señorita Clara Mendoza—dijo el amigo de Jaime.

—Yo te agradezco... Agradezco al señor Duque... y á estas señoritas—baluceó Jaime, y no acertó á pronunciar una palabra más, al oír que Clarita decía al oído de su amiga:

—¡Pobrecito! ¡Se nos va á quedar tartamudo! ¡Qué lástima de joven!

—¿Te callarás, necia?—la replicó Isabel.

Jaime, sin atreverse á mirarlos, no perdía ni una palabra de lo que se decían, y procurando recobrar la serenidad, al mismo tiempo que maldecía para sí su estúpido y ridículo aturdimiento, acercó unos sillones de la época de Luis XV que formaban parte del mobiliario del estudio.

—Tengan la bondad de sentarse—dijo.—La escalera es mala y estarán ustedes fatigados.

—Parece que ya va recobrando el uso de la palabra—murmuró Clarita al sentarse.

—¡Jesús, eres insoportable!—la contestó su amiga, visiblemente contrariada por las indiscreciones de Clarita.

Sin hacer ésta gran caso de su disgusto, la tiró del vestido, y con mucha vehemencia, aunque con voz muy baja, siguió diciéndole al oído.

—¡Mira la cuerda, Isabel! ¡Mírala!... Allí enfrente, mujer.

Isabel la dió un pisotón, pero miró á donde la decía. Poco faltó para que Clarita lanzase un grito de dolor al sentirse llamada al orden de un modo tan brusco.

—Muchos deseos tenía de saludarle á V. y de felicitarle por su cuadro de la Exposición. Es una obra maestra;—decía entre tanto á Jaime el duque:

—La juzga V. con excesiva benignidad. Es la obra de un principiante, y nada más—contestó Jaime.

—En ese caso, somos muchos los que pecamos de indulgentes con el cuadro; todos los que visitan la Exposición, y aun el mismo Jurado que, según dicen, le ha propuesto á V. para una segunda medalla.

—Así parece. La suerte que se empeña en favorecerme.

—Es V. muy modesto, amigo mío; pero no le vale á V. con nosotros. Oí que tenía V. en su estudio cuadros no menos notables que el de la Exposición, y me entró curiosidad de verlos. Mi nieta, que es algo aficionada á la pintura, participó de mis deseos, y lo mismo esta señorita, amiga suya, y aquí nos tiene V. para molestarle, privándole de trabajar un rato.

—Señor duque, no puede molestarme en lo más mínimo visita tan honrosa para mí. Únicamente siento que valga tan poco todo lo que puedo á ustedes enseñarles. Pronto está visto.

—Pues veamos, veamos, que estoy impaciente por cogerle á V. en mentira, señor mío. Y eso que seremos implacables con su cuadro de usted;—dijo el duque con exquisita afabilidad, poniéndose en pie. Todos imitaron su ejemplo.

—Tú, Isabelita, que lo entiendes,—continuó diciendo—encárgate de hacer el juicio crítico con todo rigor, pero con todo tigor, ¿oyes?

—Pero, papá, ¿qué he de hacer yo, infeliz de mí? ¿Ni qué es lo que entiendo? ¡Por Dios, no te burles de mí!

—No es eso cierto, Isabelita, y V. dispense que la desmienta tan categóricamente,—ob-

servó el amigo de Jaime.—He visto pocas personas tan inteligentes en cuadros como V., ni tan acertadas en sus juicios acerca de ellos.

—Ya sé lo que vale esta señorita, y he oído elogiar mucho sus acuarelas. La ruego, por lo tanto, que honre con su opinión imparcial mis pobres bocetos. Vinendo de sus labios la crítica más despiadada, no puede menos de serme grata,—dijo Jaime.

—Gracias por la lisonja—contestó Isabel.

—Pues no es tan tonto como parece—pensó Clarita.

—Desde luego se nota que hay aquí belleza de primer orden—dijo Isabel.

—¿Quién puede dudarle, viéndolas á ustedes—exclamó Jaime.

—¡Hija mía! ¡cómo se va explicando!—murmuró Clarita al oído de Isabel, al mismo tiempo que con una ligera inclinación de cabeza correspondía á la galante lisonja del pintor.

—¡Por Dios, no diga V. eso, ó no vamos á dar crédito á nada de lo que diga!—replicó Isabel.

—¡Amigo Vals, amigo Vals! ¡Veo que hay tonos muy suaves en su paleta!—dijo el duque, sonriéndose.

Jaime creyó haber cometido alguna inconveniencia, y se puso encarnado como una grana.

—¡Pobrecillo! ¡se ha cortado otra vez! ¡Falta de trato! ¡Pero cuidado si es guapo!—dijo para sí Clarita.

—¡Qué bonito cuadro!—exclamó Isabel fijándose en uno que había á la izquierda de la puerta de entrada del estudio.—¡Hermosa figura la de esa pobre niña! ¡Qué ruborizada al verse objeto de las insistentes miradas de todos esos covachuelistas!

—¿Y has notado con qué estúpida atención la mira el petimetre que está apoyado de codos en la mesa? preguntó el duque á su nieta.—¿Y qué maliciosamente se sonríe él que parece jefe de la oficina, mirando á la joven de soslayo, mientras escucha lo que de ella le dice esa celestina tan vulgar como antipática?

—Aspecto estúpido el de ese vejete que desciende por esa escalera de mano con una papeleta!—dijo Clarita.

—¡Debe ser algún expediente que dormía en lo alto de la estantería, y que la hermosura de esa desventurada desentierra de entre el polvo del olvido!—dijo el duque. Y preguntó enseguida á Jaime:

—¿Cómo le titula V.?

—«La oveja entre lobos».

—La ejecución es primorosa—observó Isabel.—¡Qué bien entendido el efecto de luz que produce el rayo de sol que entra por la reja, hiriendo la estera que sirve de cortina!

—¡Es uno de los cuadros más bonitos que he visto en mi vida!—exclamó el duque con sincera admiración.

—Pues á mí me gusta más este otro—dijo Clarita.—Mira, Isabel, mira con qué interés lee ese joven la carta que tiene en la mano derecha. Apostaría cualquier cosa á que es de su novia. Y sino mira cómo se sonríe la pícaro vieja, que ha debido ser la mensajera, viendo cómo se reflejan en el semblante del joven las impresiones que la lectura le produce. Y lo que es el perro, como su dueño no le contuviera, al mismo tiempo que lee, con la mano izquierda me parece que había de dar un mal rato á la vieja. ¿Ves cómo la gruñe?

—Bien, Clarita,—dijo el duque—parece que estás leyendo una página de novela.

—¿Qué, me he equivocado? ¿No es eso lo que representa el cuadro?—preguntó ella.

—Por lo menos eso es lo que he querido pintar—contestó Jaime.—Y por esa viejecita que ha sido en efecto la portadora del billete, he titulado el cuadro «La dueña complaciente».

—Parece, amigo Vals, que también rinde usted culto á la moda,—dijo el duque deteniéndose delante de un caballete en que había un cuadro sin concluir.—Su maja correspondiente muy guapa y muy melancólica, como si estuviera pensando en su novio ausente; reclinada en el sofá y con la guitarra que apoya en el suelo, en la mano derecha. ¡Y es linda la muchacha como un sol!

—Es un cuadro bonito de color.—dijo Isabel—y en el que hay verdadero ambiente. Esa niña tan triste, vive y piensa efectivamente. El tapiz es también precioso.

—Es que también lo es el original—añadió Clarita, acercándose á un pequeño tablado en el que debía ponerse la modelo. En él estaba colocado el sofá, sobre éste la guitarra y detrás el tapiz.

El duque, Isabel y Clarita continuaron viendo con mucho detenimiento los cuadros, bocetos, apuntes y copias de cuadros notables que en las

colocar sobre la frente del pueblo la bandera del derecho, devolviendo a la patria la dignidad y el prestigio que el hombre oscuro había pisoteado en las horas de su agonía.

Sí, lo decimos con orgullo americano, sin cuidarnos un bledo de lo que pueda creer ó pensar Guzmán Blanco de nuestras palabras; porque la América entera conoce ya la imparcialidad de nuestros juicios: esta segunda jornada de su vida pública ha sido jornada de gloria, de prestigio, de fama y renombre, no sólo para Venezuela, sino para todos los pueblos del Continente y para la misma Europa, que han podido ver lo que es capaz de realizar un solo hombre, cuando pone su prestigio, su inteligencia y su voluntad al servicio de esas causas generosas que llevan en sus entrañas de fuego el patriotismo que concibe, la paz que fecunda, la libertad que idealiza y el trabajo tranquilo que hace de cada hogar la mansión apacible de los gozos y de la felicidad.

Ahí está su obra: concluye él su gobierno y un nuevo Presidente le reemplaza en nombre de la ley.

Nada de revoluciones, ni de motines, ni de trastornos: el pueblo elige su candidato y ese es el que surge del fondo de las urnas, prestigiado por la voluntad popular, ofreciendo así el noble espectáculo de la renovación de los poderes, sin violencias que irriten ni trastornos que enluten.

Este solo hecho bastaría para rodear á Guzmán del prestigio legítimo que ha conquistado ante propios y extraños.

Consumada su obra en esta segunda etapa, necesitaba como antes, tranquilidad y reposo, y como antes, cuando se hallaba en la omnipotencia de su poder, resolvió alejarse de las playas venezolanas, confiando á su sucesor la custodia del nuevo tesoro que con nuevos y heroicos sacrificios acababa de conquistar.

Pero esta vez debía ser más feliz, poniendo su prestigio y su influencia para llevar al poder á un hombre cuya modestia está en relación con su valor, y cuya lealtad se armoniza con los antecedentes gloriosos que matizan su nombre.

Es el general D. Joaquín Crespo.

Compañero de Guzmán Blanco, en todas las campañas en que ha venido batallando por conquistar la situación actual de la patria común, él comprendió desde el primer momento, que sin renunciar á la independencia absoluta de su personalidad, ni ser el instrumento de nadie, ni vivir bajo una tutela que podría dar lugar á censuras de mala fe, su decoro, su lealtad y hasta su propia conveniencia, le aconsejaban ser en el gobierno *el continuador del gobierno de Guzmán Blanco*.

En un movimiento de noble hidalguía así lo declaró á sus compatriotas—que escucharon su palabra con entusiasmo—y así lo está practicando con una fe y una honradez que levantan muy alto su carácter, que lo dignifican ante propios y extraños, y hacen ya de su personalidad una de las más simpáticas en ambos mundos: en el nuestro, porque se contemplan siempre con placer las nobles acciones, y en éste, porque conociéndose ya la *obra de Guzmán Blanco* natural es que todos los que con Venezuela mantienen relaciones de amistad y comercio vean con placer que su actual Gobierno sigue la ruta y la política iniciadas por el expresidente, provechosa á los intereses de todos.

Seguiremos otro día.

HÉCTOR F. VARELA.

## LA POESÍA BYRONIANA

(APUNTES CRÍTICOS)

### II

(Conclusión)

Tres son los poemas inmortales de Byron: el ya citado de Childe-Harold, Manfred y Don Juan. El primero le da á conocer y le eleva á la categoría de verdadero poeta: es un amargo sollozo salido de su corazón: es el fruto de sus desgracias de la primera edad, de sus amigos tan prontamente arrebatados á su alma sedienta de afectos puros; en él, por medio de incomparables estrofas, nos dice cómo su corazón vacila y cómo quedó después del cruel desamor de su María. No le recompensan de sus tristezas la hermosa perspectiva de las costas lusitanas, ni la vista de Lisboa, ni los

expléndidos contrastes de luz y de sombras que en aquellas montañas advierte: necesita venir á España y admirar el cielo y los campos bellísimos de Andalucía, para encontrar algún lenitivo á sus dolores. Pero bien pronto Italia, con los recuerdos de grandezas pasadas y las ruinas inmortales de la divina Grecia, despiertan recuerdos á su musa, que lamenta con versos dignos del poeta florentino, los infortunios de la patria, de las artes y de la belleza. La prisión del Tasso en Ferrara y la pena de Leticia en las poéticas orillas de los mares griegos, le inspiran pensamientos que traduce en versos impregnados de sublime tristeza. Este poema, como anteriormente decimos, tiene carácter esencialmente subjetivo, y aunque en algunos de sus cantos ya aparece el poeta satírico, no es más que como un precedente ó programa de la crítica que ha de hacer en el Don Juan. Antes de decir nada sobre ese, vamos á ver qué representa Manfred. Manfred, según un célebre escritor, es el poema por excelencia de Lord Byron. Nos otros respetamos esta apreciación, si bien apuntaremos que, con el sólo, la obra del poeta no estaba terminada. Manfred está escrito para las inteligencias cultivadas, para los poetas, para los grandes literatos, para las almas elevadas que comprenden lo abstracto de sus conceptos y la profundidad filosófica y la aureola de ideas sublimes que ciñen la cabeza de su principal personaje. Manfred es el poema de la naturaleza y de la lucha que se llama vida. Manfred, después de haber agotado la ciencia de sus libros, después de haber luchado en el mundo y de dejar en esta lucha sus esperanzas, sus creencias, sus caras ilusiones y la savia toda de su vida, vuelve los ojos á la naturaleza y quiere que ésta le responda por medio de sus ninfas; ansía ver la que duerme en el lecho de los mares, la que agita su cabellera en la catarata, la que tiene sobre las nubes un palacio de ópalo formado por el incierto reflejo del crepúsculo, la que impulsa al viento y forma los huracanes. Manfred es una creación como la de Goethe, pero representando aspecto distinto. Fausto está escrito con el pensamiento después de reflexionar, después de haber consultado la Historia, la Filosofía y las Ciencias. Fausto lo escribió un genio que se inspira en la ciencia; Manfred nace de los dolores de la vida y se inspira en el sentimiento. La figura de Manfred es más poética, más interesante que la de Fausto. Pero afirmamos más arriba que con Manfred no quedaba terminada la obra de Byron, y, ciertamente: el Childe-Harold, Manfred, Giavuz, Oscar de Alva, El Pirata, Lara, y todos sus demás poemas, especialmente estos últimos, son retratos del mismo Byron, en ellos se dibuja él mismo en los personajes que presenta. Podrá tener el Manfred más universalidad y ser un verdadero poema en que se comprende la vida humana; pero no es el poema que necesitaba la sociedad de su tiempo. Don Juan, á pesar de sus cantos enteros de digresiones, de sus cuadros de subido color, como aquel de los adúlteros amores del adolescente protagonista en Sevilla, de imperar en todo él la libertad más amplia en lo tocante á plan y sujeciones de escuela, de ofrecer tanto punto vulnerable á una sana crítica, es, sin embargo, el poema de nuestro siglo.

La Edad Media, con sus grandezas y sus pequeñeces, con sus amores románticos, rayanos en la heroicidad, con sus luchas de castillo á castillo, con el material inmenso de su complicada vida, se describe y se critica en la Divina Comedia del inmortal Dante; pues del mismo modo en el Don Juan, lord Byron retrata el abigarrado cuadro que representa su época. En las primeras páginas nos ofrece un tipo digno de estudio, tipo acabado por su realidad histórica, en la madre del protagonista. No parece sino que Byron vivió siempre en Sevilla, en vez de estar breves momentos; que analizó las costumbres de la ciudad del Guadalquivir, pues con tal maestría sabe reproducir en sus versos aquel carácter que está tomado de la viviente realidad. La madre de Don Juan es de esas señoras que cifrando su felicidad en la educación

del hijo único que Dios le concediera, pone sus desvelos y su cuidado en apartar todo escollo que pudiera ofender la inocencia del joven; así es que encarga su ilustración á maestro elegido tras largas deliberaciones, escoge los libros que le han de enseñar con minucioso examen, esta siempre alerta para que no penetre el viento airado de las pasiones en su tierno corazón, se aísla de amistades peligrosas, exagera y aumenta cada vez más las restricciones en su afán de preservarlo de las desdichas de la vida; pero no advierte que en su amante despotismo tiene al enemigo dentro de la misma casa en la persona de su única amiga, joven, hermosa y apasionada, que a los ojos de la madre se presenta como dechado de virtudes y fortaleza inexpugnable á toda tentación dentro de su severa vida matrimonial. El amor se desliza en el corazón de Don Juan, y bien pronto muestra en él su imperio una pasión reservada, pero por la misma reserva más ardiente. La hermosa y casta dama, con ese encanto que domina á la mujer y que constituye incentivo poderoso á una falta, se fija en el adolescente, en el casi niño, que se sonrojaba á su presencia y que no se atreve á mirarla; advierte con el instinto tan decantado, pero no por eso menos cierto, de la mujer, que es objeto de toda la atención de aquella alma, y sin quererlo y sin pensarlo da abrigo al adúltero propósito que no tardará en vencer su atribulada conciencia. ¡Con qué profundo conocimiento del corazón humano describe Byron las angustias de aquel espíritu y el vencimiento de aquella voluntad por la pasión que creyera sencillo reprimir! Al fin triunfa el mal, Julia se entrega á su amante, y suceden escenas en las que raya á grande altura la ironía al ocuparse de las sabias medidas con que la madre de Don Juan ha conjurado todos los peligros y asechanzas de las pasiones en el corazón de su hijo. Para corrección de su primera y escandalosa calaverada, le impone como castigo un largo viaje, en el que se promete ha de adquirir experiencia y conocimiento del mundo, que en absoluto le faltan; y para que siempre vaya por buen camino, le destina por acompañantes en su expedición á varios antiguos servidores y á virtuoso sacerdote. Pero, ¡oh desgracia! sucumben todos entre las embravecidas olas de furiosa tempestad que hace sumergir la embarcación, y sólo el infortunado mancebo se salva de la muerte para caer en brazos de la inolvidable Haydée. Es este pasaje, sin disputa, el más bello de la obra; en él la imaginación del poeta sube á las más altas cimas de la inspiración y del arte, dibujando con admirables y delicadísimos colores la figura de la hija del pirata, que no ha visto más mundo y contemplado más cielo que el de su isla, que sienta acrecentar en su alma un amor sublime por el naufrago que encontró desfallecido, próximo á sucumbir tras titánica lucha con los elementos, con el hambre y con la desesperación. Este episodio concluye como la mayor parte de los del poema, en desenlace trágico.

Prescindimos de continuar reseñando las peripecias de D. Juan, porque si no estos apuntes no tendrían término. En conclusión, que el D. Juan hay que leerle muy despacio, fijarse detenidamente y no juzgar por las primeras impresiones y por los atractivos que ofrecen pensamientos y escenas únicamente presentadas por vía de contraste, para que se vean con más claridad las enseñanzas morales y las acciones que deben ser imitadas.

Los escritores que se empeñan en considerar á Byron el poeta descreído que abusa de su talento y de sus portentosas facultades, que inficiona los horizontes á la inesperta juventud, gozándose en extraviarla y en hacerla heredera de sus dolores, son los eternos enemigos del progreso y de la civilización; los que no ven en Lutero más que un perro rabioso que muerde y destroza las conciencias y sustituye á la fe la impiedad y la herejía, en vez de considerarle el soldado avanzado de la libertad, de la fraternidad y de la igualdad, como el antecesor de Descartes, de Kant y de Bacon, la trinidad filosófica que dará en lo porvenir los héroes de la Asamblea Constitu-

yente, son los mismos que en la actualidad se sonrojan hipócritamente y tachan de inmoral el *Galeoto*, de Echegaray, sin advertir, ó no queriendo comprender, que el *Galeoto* está en la masa de la sociedad actual y en el espíritu de calumnia, de ligereza, de venalidad que á todos nos alcanza. Byron, con sus poesías, hizo una revolución en la literatura, dió alientos al romanticismo de Victor Hugo y de Lamartine, creó la escuela realista de Alfredo de Musset. La contradicción no puede ser más evidente y, sin embargo, más profunda.

Restanos por decir a aquellos que tanto han combatido á Byron, que aparten de su imaginación al poeta libertino de Londres y de Venecia y miren al poeta soldado que da su vida por la libertad helenica, que combate hasta morir como héroe contra los ejércitos del Oriente, representante eterno del despotismo, del privilegio y de la casta, y á favor del Occidente, es decir de la libertad, de la democracia y del progreso.

E. GOMEZ Y CRISTINO.

## EL GRAN PROBLEMA

### ENSAYO FILOSOFICO-RELIGIOSO

(Conclusión.)

#### VIII

Los milagros.—¿bien; además de que no son dogmáticos, puesto que el Credo, única fórmula de fe del cristianismo, sólo habla de uno, la resurrección de Jesucristo, y si queréis de dos, incluyendo la resurrección de la carne,—además de esto, os acabamos de demostrar uno palmario, evidente, cierto, tan real como pueda exigir el más intransigente realista,

Si por milagro se entiende la conculcación de las leyes naturales ó, si queréis, todo fenómeno contrario á dichas leyes, acabáis de ver violada la ley de selección natural por aquellas pícaras moléculas que se arreglan para producir la caridad, contra todas las reglas que, como consecuencia de la lucha, debían haber producido la selección de los órganos correspondientes al asesinato y al homicidio.—Esto es un milagro, puesto que contraría la ley natural.

Otro es que la religión de un ajusticiado triunfe; que triunfe la religión de un hombre que ha sido sacrificado entre dos ladrones.

¿Queréis más?—Pues otro es que doce pescadores se hagan matar—contra vuestras leyes, contra las leyes del positivismo, que dicen que mas vale pájaro en mano que buitre volando.—se hagan matar por una promesa de un loco; y si decís que aquellos podrían ser fanáticos, otro milagro será que haya 200.000 fanáticos que hagan lo mismo, en una sociedad tan positiva como era la sociedad romana en aquellos tiempos del *comitorium* y de *spoliarium*, y de todos los vicios y de todos los gozos más positivos.

Esta es la realidad.—Que un Dios resucite, en verdad no es milagro; el milagro sería que un Dios no pudiera resucitar; y respecto á la contradicción que parece existir entre el dogma de la resurrección de la carne y «el círculo de la materia,» abrid un registro en los átomos para anotar si los que poseéis de vuestra última transformación—después de las 600 ó 800 anteriores—se encuentran con posterioridad en la última de otro mortal.—El empirismo así le exige, y el tal registro es indispensable á cualquier realista que quiera negar dentro de las reglas de su comunión.

Ved, realistas, cómo para la cuenta y razón de átomos que debéis formar no basta la «partida doble,» deficiente al fin como todos los restantes conocimientos que posee la humanidad.

Restan aún algunas objeciones que el realismo podría oponer á la religión,

La Inquisición.—¡Ah! Convengamos éñ que es objeción formidable.

Los extravíos de los hombres, de los ministros de Jesucristo, y aún de los Papas, extravíos que la Historia arroja como fuerte pedrisco al rostro del pseudo creyente de nuestra moderna sociedad.

Y bien; estos argumentos formidables, este nublado que se levanta ante el hombre honrado que analiza con frialdad y buena fe los acontecimientos, pueden únicamente probar que después de Jesucristo han existido hombres malos, y aun sacerdotes malos y aun Papas malos.—¿Y qué? La ley de Jesucristo se parecía mucho en este punto á nuestra ley militar, que dice que «la falta es mayor mientras más elevada sea la gerarquía del que la cometa.» ¿Creéis que la papisa Juana, y los malos Papas, y los inquisidores generales, y todos los inquisidores que mandaban quemar contra todas las doctrinas del Hijo de Dios,—creéis que los cómplices civiles que los ayudaban en faena tan opuesta al cristianismo y á

toda noción de nobleza y humanidad,—creéis que los malos sacerdotes actuales, y todos los que tergiversen la religión, desde el más alto al más bajo, no se hallan condenados por aquel hombre de Judea que les enseñó á dar su dinero al pobre, el perdón á sus enemigos y su vida á la humanidad?

Pues sabed—y ya lo sabréis seguramente—que Cristo no exceptuó ni á Pedro ni á nadie de la ley general, y, por tanto, todos aquellos hombres malos deben formar según las doctrinas del cristianismo, á vanguardia de los réprobos y de los destinados a sufrir el eterno castigo á que se hicieron acreedores por su maldad.—Tal es lo que se desprende del ejemplo del Crucificado, y, sin lo cual la religión cristiana sería en verdad una pobre religión.

¿Quién ha dicho, ni quién puede decir jamás que aquellos inquisidores de las capuchas no deben pagar sus crímenes, sus asesinatos y su crueldad?—¡Ah! El que tal dijera mataría hoy á la religión.

Y bien; ¿creéis que la justicia de Dios dejará de tener en cuenta las faltas de cada uno y los méritos que en la balanza arrojen los sufrimientos inmerecidos y las torturas adelantadas?

Cristo dijo que no, y los hombres de Cristo tal deben creer.—Ved cómo el argumento de la Inquisición, y de los malos sacerdotes, y aún de los malos Papas, es un pobre argumento.

Bastante hemos hablado con los realistas; debemos dirigirnos ahora á los católicos.

Bien veis, les diremos, que hemos defendido brava mente la religión, ó al menos en la medida que nuestras fuerzas, nuestra conciencia y el modo de ser de la filosofía realista nos lo permiten.—Y bien; tenemos derecho á que nos escuchéis.

Escuchad el acento de un hombre honrado que á sus amigos ha dicho duras verdades; que intenta una cosa difícil, tal vez superior á sus escasas fuerzas, pero que cree empresa noble y levantada coadyuvar al futuro concierto de la ciencia y la religión.

Dos verdades no pueden rechazarse, y ved que la ciencia es una verdad.

Hemos probado á los realistas que la religión no es incompatible con su filosofía, y debemos probaros ahora que el realismo no es incompatible con la religión.

¡Católicos! Sois 200 millones.—Otros 200 millones de hombres pueden acaso agruparse á vuestro alrededor, y este refuerzo para la familia de Cristo depende sólo de que no rechazéis la civilización.

No; la civilización es obra de Dios. Cristianos, respetadla.—Cristo no dijo nada contra el progreso ni contra la civilización. Antes bien, él fue un progreso, él predicó la libertad contra la esclavitud. Él dijo que el pobre, que el esclavo, eran hermanos del César; dijo que el rico diera su dinero al pobre; predicó, en fin, como primera virtud la caridad.—Su doctrina—leedla,—es tan socialista como la de Karl Marx, y si todos los cristianos de Europa la cumplieran, el fantasma del socialismo no levantaría ciertamente su busto amenazador. Tal vez ese socialismo que os aterra es un justo castigo de Dios, impuesto á los muchos millones de cristianos que no practican la caridad. ¿Quién duda que si ésta se practicara por todos, siquiera durante veinticuatro horas, el pauperismo desapareciera y el problema del capital y el trabajo hallaría en el acto facilísima solución? ¿

La libertad, la ciencia, el progreso, no son, pues, incompatibles con el cristianismo. Este debe aceptarlos francamente y desechar por siempre una intransigencia que tanto contribuye al descreimiento de nuestra moderna sociedad, intransigencia contraria á la ley de Jesús.

No estamos, católicos, en la época del palo, ni esa fue nunca la doctrina del Salvador.—La generación actual no se convence con el infierno, ni con excomuniones, ni con citas de Santo Tomás ó de San Agustín.—Otros son los medios que debéis emplear para defender en adelante la religión.

Convenceos que hay defensas que matan. Hay defensores que hacen más daño á una causa que los más encarnizados enemigos, y bien veis el formidable argumento que los excesos inquisitoriales han puesto en manos de los futuros adversarios de la religión.

No; los tiempos han cambiado, y aunque aquellos excesos no caben en ninguna edad, queremos decir, respecto á lo demás, que hay que defender en adelante la religión, no con excomuniones, que nadie cree, sino en el terreno de la ciencia y la civilización.

Descended de esas esferas en que os encastilláis; bajad al palenque en que hoy combate la humanidad.—El siglo lo exige; el bien del cristianismo también.

La Iglesia cuenta ilustres paladines, capaces de sostener el combate en el terreno que se debe dar. Hombres de ciencia que, profesando la fe de Cristo, han plantado el pabellón científico en los últimos baluartes del progreso, donde se encuentra aún—donde acaso por mucho tiempo se encontrará;—esos, esos son los que la Iglesia necesita para que mantengan en el moderno circo la causa de Cristo y la de Dios.

Elevad, ilustres cardenales—y no se tome esto como irreverencia ni como consejo, sino como pensamiento honrado y leal,—elevad á la Silla de Pedro hombres que

posean á fondo esos conocimientos científicos tan necesarios hoy—y que nos complacemos en reconocer en el actual gerarca;—poned en todos los puestos hombres de combate, hombres que ataquen al materialismo, que es vuestro gran enemigo, con sus mismas armas, con las armas de Schopenhauer, de Büchner y de Moleschott, y al realismo, más benévolo y predispuesto, le briaden la oliva de la paz abriéndole los brazos como el Crucificado los abría al buen ladrón, y desmostrándole que su ciencia, aunque buena, será siempre deficiente, limitada, finita é incapaz de encontrar la absoluta y eterna verdad.

Y á estos hombres—á los de combate, que la religión cuenta en gran número,—ponedlos al frente de las diócesis, de los pueblos y sobre todo en el púlpito, en la predicación.—Que la palabra Dios no yerre en la ciencia, porque ¡oh! un Dios crucificado se acepta aún, pero ved que un Dios ignorante no se puede en modo alguno aceptar.

Y así de este modo preparados, llevando la transigencia y el perdón en los labios, no el anatema ni la excomunión,—llevando la ciencia en la cabeza y en el corazón el amor y la paz dada la batalla sin miedo, bien seguros de que venceréis, porque dándola como Jesucristo, este no se apartará de vosotros y «las puertas del infierno no prevalecerán contra su Iglesia ni contra Él».

Y así, acaso se vea resuelto el problema que al principio planteamos; problema que surge pavoroso como nunca, pues si hasta hoy la religión ha tenido que luchar con una filosofía dividida, el definitivo triunfo del realismo que parece próximo, le va á presentar un adversario fuerte, único, armado con armas potentísimas, las mismas que urge á todo trance empuñar, para que, al propio tiempo que el adversario vea la fortaleza, halle abierto el camino del armisticio y la negociación.

Reasumamos

Creemos haber demostrado en lo anteriormente dicho las conclusiones siguientes:

1.º El realismo es una filosofía exacta, pero deficiente; está en el camino de la verdad, pero este camino parece ser indefinido y aun infinito.—El realismo es, pues, una filosofía *sin esperanza*.

2.º La revelación no es incompatible con el realismo. Este no ha descubierto aún nada que se oponga de frente al dogma cristiano. (El legítimo dogma de Jesucristo).

3.º El realismo, siendo una verdad, no puede ser incompatible con la religión cristiana, que pretende ser otra.

La religión no debe, pues, rechazarlo. El concierto, ó al menos el armisticio, entre ambas filosofías, nos parece posible y aun lógico.

Y creemos que Dios, que no abandonará á su Iglesia, ha de iluminar á los sucesores de Pedro para que aquel concierto se realice, así como á los filósofos más obstinados les ha de tocar en el corazón para hacerles sentir su poder por los infinitos medios que están á su alcance, de entre los que, y sólo como ejemplo citaremos uno.

Desde los más remotos tiempos las especies luchan. Luchan hoy y lucharán siempre, porque ésta es ley ineludible. La destrucción del prójimo es utilitaria, porque así serán menos á repartir el botín. Un desarrollo ó disposición de las moléculas cerebrales contrario á la caridad, habría debido ser la consecuencia lógica de esta lucha interminable y feroz. ¿Por qué, pues, contra todas las reglas científicas un loco ha hecho prevalecer la caridad?

Ved bien, realistas, que nada de esto puede explicarse por la selección.

Las mayores puebas de la religión cristiana creemos que se encuentran aquí. La bondad esencial de su doctrina prueba que no puede ser producto de la selección, porque la selección y la lucha por la existencia en la naturaleza, inclinan á la destrucción del enemigo de cualquier modo—pese á Büchner y á cuantos sostengan lo contrario,—á la muerte del prójimo, al asesinato, al pillaje, al robo y á la destrucción. Sin el cerebro humano no hay más que materia, y si los órganos se desarrollan por el ejercicio, como está comprobado, la continuación de la lucha ha debido hacer preponderar los órganos del asesinato, del robo y del pillaje.—No es así; luego hay algo en el cerebro que no se conforma con las leyes naturales, y algo tiene la doctrina cristiana que sale también del «orden natural».

Esto es bien evidente, y para nosotros es la prueba más fuerte que puede ostentar el cristianismo, hoy que las armas de defensa han de ser, si se quiere triunfar, de la misma clase que las enemigas, y que precisa sostener la batalla en el mismo terreno de la civilización.

Si el cristianismo tiene algo que no es humano, ó que al menos *no se entiende*—en lo que habrá de convenir el realista más obstinado,—el realismo no puede rechazarlo en absoluto, porque esta filosofía por su esencia misma no puede negar sino *demonstrando* la negación.—Un realista que pronuncie un veredicto negativo sin demostrar, no será realista.

«La religión cristiana, pues, no es inaceptable para el realismo.»—Deseábamos llegar á esta conclusión, y para corroborarla sólo nos resta adelantarnos á las objeciones que sobre los misterios y los milagros—puntos los más fuertemente combatidos—podrían hacerse.

Sabed, realistas, que los misterios no pueden negarse.—Estáis envueltos en un dedalo de misterios, como os hemos probado. Si, pues, la experiencia os prueba que la naturaleza está llena de misterios, ¿qué tiene de extraño que los encontréis también, aunque en menor escala, en la religión?—Esta os ofrece sólo tres ó cuatro; en la naturaleza halláis ciento. Ved, pues, que la religión es bastante más fácil de entender.

Descartad, desde luego, el misterio de la Trinidad; porque éste es lógico.—Una religión que os ofreciera un Dios comprensible, un Dios antropomorfo, no sería religión ni aquel Dios sería Dios.

El dios Pan, y Vulcano, y Saturno, y Júpiter eran unos pobres dioses.—Luego la fase «sulo en esencia y trino en persona» no es un absurdo, y hoy menos que nunca, cuando la investigación prueba que todos los seres están formados por multitud de personalidades.

Basteos con esto, y, sin profundizar más, reconoced que este misterio, no sólo no es incompatible con la razón, sino que es hasta racional y lógico.

La Eucaristía.—¿Qué sabéis lo que pasa en esas moléculas, que ya os hemos probado que jamás conoceréis? Si aceptáis y decís que el calor se transforma en fuerza, sin saber lo que es lo uno ni lo otro, esperad al menos para negar la Eucaristía á que conozcáis la materia que según el misterio se transforma,—y esperad sentados, realistas, porque habéis visto que la materia no la conoceréis jamás.

Y cuando conozcáis el mecanismo de la generación, ese prodigio constante que á vuestra vista tenéis, y que jamás conoceréis tampoco; y cuando expliquéis el óvulo y el zoospermo, microbios hoy, elefantes mañana, misterios siempre; y cuando anotéis en vuestro libro de la ciencia los teoremas que constituyen el capítulo de la transmisión de la vida, con todos sus escolios y corolarios—que será nunca,—¡afirmad entonces—si aun entonces podéis hacerlo dentro de la lógica, y por tanto del realismo—que un Dios debe nacer como cualquier simple mortal!

Desengañaos, realistas. No podéis, según las reglas mismas de vuestra filosofía, negar los misterios del cristianismo. Os lo demostramos con vuestras mismas armas, con vuestras mismas leyes, con los estatutos de vuestra filosofía, que os prohíben negar sin demostración.

¿Os intimaremos por esto á que afirméis? De ningún modo. Sólo os probamos que la fe cristiana no es incompatible con el realismo. Por lo demás, el que la sienta, que la tenga; bien sabéis que la fe no se puede demostrar ni imponer.

Quien haya tenido la desgracia de asistir á la muerte de un padre... de una madre; quien haya seguido paso á paso la agonía, y visto los progress de desorganización de «esa materia» cien veces renovada y sin embargo envejecida, de esa «materia venerable», que se agita en un lecho de muerte, y que le dirige las últimas miradas; quien haya recibido en esos momentos la bendición de su anciano padre, que muere exhortándose á reunirse con él en otro sitio de ese universo desconocido é incognoscible, donde sin duda se debe estar mejor que en este pobre planeta que habitamos; quien considere luego que si ese sitio no existiera sería bien pobre y vulgar ese universo que parece tan grande, y no tendrá razón de ser este cambio de moléculas, y esta agitación constante, sin objetivo alguno; quien todo eso experimente, ¡dirá luego que en aquellos ojos que por última vez le miraron no había más que moléculas y átomos?

¡Ah!—Creed. Para el que tal cosa haya presenciado, el problema queda resuelto, sin más fórmulas, investigaciones ni matemáticas.

Creed.—Hay cosas, hay fenómenos en este universo que jamás se explicarán con las moléculas y los átomos. Para el que tal cosa presencié queda desvanecida toda duda, y aunque cien veces se renueve su cerebro, no se borrará por la falta de uso la impresión recibida en el órgano de la memoria.

Sólo nos resta rogar se nos dispense cualquier frase más ó menos viva que involuntariamente hayamos podido estampar, así como la incorrección é imperfección de este trabajo, y respecto á lo que en ocasiones anteriores hayamos dicho y se halle en discordancia con las apreciaciones actuales, no tememos el dictado de inconsecuencia.

Si «de sabios es mudar de consejo», ¿qué extraño es que mudemos los que no lo somos? Si, pues, otra cosa hemos dicho antes, que Dios nos perdone, y ya que nuestra insignificancia no nos permite decir que nos olvide la Historia, olvidennos al menos los pocos que hayan tenido el mal gusto de leer nuestras anteriores producciones,

MANUEL MONTERO Y RAPALLO.

## REVISTA DE MADRID

¡Menguada suerte la del cronista madrileño que á plazo fijo, tenga ó no tenga asunto propio en que ocuparse, ha de enristrar la pluma y ponerse á alinear letras y más letras en las blancas cuartillas, que amontonadas se le ofrecen como vírgenes que aguardan im-

pacientes las primeras caricias de su amante! Ha de escribir, y no en cualquier día y á la hora que más sea de su gusto, sino en tal día y á tal hora. El público reclama el pago de la obligación que con él tiene contraída, y no es el público acreedor considerado que atiende á razones ni aprecie circunstancias atenuantes. Para entrar en máquina el número sólo aguarda el material de la revista, dejado siempre para última hora como convidado de confianza, y de cuya puntualidad se está seguro. Puestas unas al lado de otras las galeras se cuentan, advirtiendo la falta de las columnas perezosas que aún no han llegado á las cajas; el obrero hace señales de impaciencia, los chismecillos de metal saltan alborotados como si pensasen en la posibilidad de una huelga.

Es preciso escribir, escribir sin demora para que el regente pueda ajustar, para que puedan bajarse las planas á la máquina, para que pueda girar la rueda, cuyos chirridos son como el suspirar de las ideas; para que puedan echarse á la calle á dar la vueltecita acostumbrada las débiles hojas de papel, húmedas aún y exhalando ese acre perfume de la tinta de imprenta, con el que sueñan todos los adolescentes. Que en la quincena no ha pasado nada... Vaya por otras en que habrá pasado mucho. Que el espacio asignado en el periódico para la revista es grande y los sucesos pocos, y aun esos pocos desprovistos en absoluto de interés... Cosas son estas de que el cronista debe estar muy preocupado, pero maldito si le importan un ardite al suscriptor. Esclavo, pon en tortura tu inteligencia; estruja tu entendimiento si le tienes; excita tu memoria si no la has perdido; espolea tu voluntad, si aún te queda algún resto de ella! El público, tu señor, te llama á su cámara, y es preciso que le cuentes historias que le entretengan, sucesos que le hagan pasar el rato divertido. Está en un momento de mal humor, y no sabiendo en qué ocuparlo, ha pensado en tí para que le distraigas hasta la hora de comer ó hasta la hora de su cita. Vamos, nada de excusas, que no valen; date prisa! Al consagrarte á su servicio has perdido la libertad de darte tono; no puedes tener spleen.

Y el pobre cronista, aherrojado como un malhechor cogido in fraganti y á quien la guardia civil arrastra contra su gusto, comparece, y dice...

Que ni aun le queda el recurso—empleado con tanta frecuencia otras veces por muchos revistros—de temarla con la Naturaleza, pidiéndola su colaboración.

Porque aquí no ha pasado nada, absolutamente nada, durante la quincena transcurrida. El calendario señaló el día 21 la entrada de la primavera, pero esta señora, retenida por fuerza mayor allende el puerto, no ha tenido á bien mostrarse, y los ilusos que salieron á esperarla se llevaron gran chasco, y no la vieron. Pájaros de todos colores que saltaban de rama en rama aguardando con impaciencia el momento de verla llegar para saludarla con un torrente de armonía; flores de entreabierta corola y tallo flexible que embalsamaban la atmósfera con su perfume penetrante; frescos musgos que tapizaban el suelo, formando muelle alfombra para los pies de la maga celestial; auras tibias que cruzaban el bosque, llevando á todas partes, con el gorjeo de los pájaros, el anuncio de la buena nueva; verdes hojas que cubrían ya las escuetas ramas de los arbustos, formando nidos frescos y callados, mansiones deliciosas del amor.

La Naturaleza tuvo que ocultar todo esto, alejar de sí toda idea de fiesta y algazara y regocijo. El viento helado que se descolgó del puerto, dió por aplazada la recepción; Guadarrama nos mostró nuevamente sus cimas nevadas, cuya sola vista da frío é infunde al alma pensamientos de tristeza. Los árboles siguieron chocando unas contra otras sus ramas escuetas, remendando ayes de dolor; las flores cayeron heladas al pie mismo del tallo en cuyo extremo se columpiaron felices; los pájaros enmudecieron, las golondrinas que habían acudido fiadas en la seriedad del calendario, se ocultaron, temblando de frío, bajo las tejas de que pensaban colgar sus nidos, y echaron de menos el calor de los países que dejaron sin duda antes de tiempo. Como desde que empezó el mes, las nubes siguieron ocupando el horizonte, llenando el cielo con su negruzca masa, deshaciéndose en el aire y volviendo á llenarse nuevamente para de nuevo deshacerse en un mar de lluvia. El paraguas continuó siendo en Madrid el complemento indispensable de la humanidad de infantería...

Y con esto queda terminada la parte que puede poner la Naturaleza en la redacción de esta deshilvanada crónica.

Próximos ya á dar por terminadas sus tareas los pocos teatros que aún funcionan arrastrando penosamente una existencia nada brillante, y pasada ya la animación del Español, galvanizado un instante por el inmenso genio del Sr. Echegaray, para encontrar algo que ocupe un sitio en esta crónica hay que salir á la calle, y más gráficamente, á la plaza.

Porque la plaza ha roto la monotonía de esta aburrida quincena, la plaza de la Cebada en que las vendedo-

ras se amotinaron por no ser menos que las cigarreras, aspirando á tener representación en el próximo número de *Los Sucesos* y *Las Ocurriencias*.

¿Por qué se amotinaron esas respetables señoras, dejando á un lado su pacífico natural, atronando el aire con sus gritos y vociferaciones y convirtiéndole en verdadero de hortalizas? Volaban las verduras por el aire más aprisa y mejor que los in folios en la célebre *derrola de los Pedantes*, con tanta sal narrada por Morafín. Semejante á montañas que de pronto se levantan de las entrañas de la tierra despedidas por las fuerzas ocultas de la Naturaleza, alzábanse chichones como puños en las frentes más despejadas y en las cabezas más redondas. Chocaban entre sí los improvisados proyectiles dándose besos de amor, y las alcachofas abrían su cogollo, las patatas se rompían por enmedio, las cebollas desbarataban su libro de cien hojas blancas como el papel y más floas que la seda, en las que hay escrito algo triste que hace llorar al que le hojea, los ajos aprovechaban la ocasión para escaparse de la ristra á que están siempre sujetos, y hasta las graves espinacas, dueñas morigeras y temerosas de Dios, tomaban parte en la zambra emulando el vuelo de las aves que tantas veces siguieron con mirada envidiosa desde la mata que á la tierra las ceñía en apretado abrazo. Cestas hechas pedazos, sacos rotos, canastos abiertos, contusiones más ó menos graves, golpes dados y bofetadas recibidas, maldiciones, blasfemias y desvergüenzas como no se atrevieron á pensarlas ni los mismos demonios del infierno; más de quinientas mujeres encerradas en los sótanos del mercado de la Cebada, gritando todos á la vez y profiriendo amenazas de muerte contra alguno.

¿Contra quién? Contra el enemigo eterno, contra ese fantasma que es desde hace tiempo la cabeza de turco de los desheredados y los pobres, contra el capital, que hoy reviste la forma de revendedor como ayer revestía la de propietario. Agravios antiguos, abusos de siempre, según las que se quejaban; exigencias injustas, desatinadas pretensiones, según los que así se veían atacados en sus intereses. ¿Quién tiene razón? Las autoridades no lo han dilucidado todavía. Los heridos y confusos que resultaron de la refriega se aplican compresas de agua fría; los ánimos se calman, aunque muy poco ó poco, y como á regañadientes. Y queda en pie, como resultado de la lucha, el signo de malestar que parece conmover todas las clases de la sociedad, despertando sus instintos más salvajes y excitando sus pasiones más odiosas.

Este motín, y las noticias de otros motines promovidos en las provincias por las cigarreras, que parecen haberse hecho un deber de compañerismo al secundar la actitud de sus colegas de Madrid, llenan toda la quincena, constituyen el único accidente en la monotonía de estos días que—dada la fama de católico que nuestro país disfruta por esos mundos—parecen más propios que para asonadas de ese género para pasados en la soledad y la abstracción, dedicados á considerar los misterios sublimes del cristianismo, á llorar sobre las culpas cometidas y á proponerse firmemente enmienda de conducta en lo venidero.

Porque hay que ver lo que estos días deben significar para pechos verdaderamente cristianos. Se acerca la plenitud de los tiempos, se acerca la hora señalada por el profeta para el cumplimiento de sus profecías. Dios mismo baja á la tierra á redimir al hombre del pecado, á ofrecerse en sacrificio propiciatorio, á enseñar á los hombres la verdad, á sentar los fundamentos de una nueva doctrina, de una doctrina de paz y de perdón. Un hombre, el último profeta, vaga por las calles de Jerusalem excitando á la humanidad para que se arrepienta de sus culpas. El Dios inexorable, el Dios terrible que lanzó al hombre del Paraíso terrenal, va á ceder su puesto al Dios más humano que abrirá al hombre las puertas del Paraíso celeste en que no crece el árbol prohibido, por cuyas rientes enramadas no se arrastra la tentación. Se acercan esos días grandiosos y sublimes que constituyen el poema del evangelio, la epopeya sentida del Calvario. Jesús va á ser preso, atormentado; va á recorrer cargado con el peso de la cruz la vía dolorosa de Amargura; va á morir en el Gólgota desconocido de la tierra, escarnecido por los hombres, abandonado por Dios, envuelto en las sombras que cegaban sus ojos y parecían levantarse en su conciencia en forma de ese grito tan humano, y por lo tanto, tan sublime: ¡Dios mío, Dios mío! ¿por qué me has abandonado?

¿Cómo se prepara nuestro pueblo—el pueblo católico por excelencia—á conmemorar el triste aniversario! Rebelándose contra la autoridad, hiriendo, pidiendo la vida de algunos de sus semejantes. desoyendo en el son doliente de las campanas la voz de otros profetas que lloran sobre la tumba en que va á reclinars para dormir el sueño eterno una religión en otro tiempo dominadora.

Si, hay que tener valor para declararlo. En estos tristes aniversarios en que se conmemora la muerte de Jesús, se comprende que hay algo que muere también con él. Ya el mundo no escucha sus acentos de paz y de perdón; las noticias que el telégrafo nos trasmite hablan de guerras inminentes, de rompimientos inescusables, de luchas fratricidas entre pueblos que tienen

como ley santa, como ley divina el sermón de la montaña, como fórmula de vida el *amaos los unos á los otros*, que tantas veces repitió Jesús en todas sus enseñanzas. Es Francia en China, es Rusia en el Afghanistan, es Inglaterra en Asia y Africa... hacen bien las iglesias en enlutar sus altares, en cubrir de velos tupidos las imágenes de sus santos, en excitar á la oración á los pocos fieles que aún las escuchan, en sentir y recogerse y llorar. Jesús va á morir segunda vez.

Pero no morirá de todo. De tal manera está identificado con la humanidad, que si un día le arroja el pueblo de los altares, se levantará del polvo de la tierra más grande, más sublime todavía. Si los que ahora le adoran como Dios llegan á renegar de su ley, los que hoy le niegan la adoración que se les pide le prestarán culto más puro y menos idólatrico, el culto que merecen los bienhechores de la humanidad, los que han pasado por el mundo señalando el cielo y prometiéndose á los hombres como un paraje de reposo, como un puerto de abrigo, como un día sin noche, como un astro sin poniente, región hermosa de toda bienaventuranza, tal vez mirage seductor que sostiene y alienta al peregrino y le da fuerzas para llegar al fin de la jornada. Desterrado del templo, allí está el lugar de Jesús, en ese otro templo cien veces más hermoso que las mezquinas creaciones de los hombres; templo cuyas lámparas son estrellas y soles, cuyo altar es el corazón, cuyo sacerdote es el pensamiento amando á Dios en su espíritu, conociéndole en sus criaturas y adorándole en sus obras.

Estos rumores de guerras, estos fatídicos anuncios de batallas próximas á librarse, mantienen los ánimos en constante agitación. Parece que se respiran aires de matanza. La primavera con sus corrientes de vida favorece estas expansiones; cada cual se cree un Cid y se siente dispuesto á luchar con dos ó tres agentes de la autoridad. Hace unos cuantos meses, cuando el frío helaba la sangre en las venas, pudieron los del Orden hacer mangas y capirotes de unos miles de estudiantes que corrían sin atreverse á sacar las manos de los bolsillos; hoy son ellos los que llevan la peor parte en sus disputas con las cigarreras y las vendedoras.

De aquí que la noticia del atentado de Alhucemas cayera en terreno bien preparado. Unos cuantos moros,

más salvajes que delincuentes, afrentaron nuestra bandera atacando á indefensos soldados españoles. La opinión se conmovió. En círculos, en periódicos, en cafés, se predicó la cruzada contra los mahometanos. Hubo quien recordó la guerra de Africa; veterano que por millonesima vez narró los incidentes de la sangrienta lucha político de afición que sacó á relucir el testamento de Isabel la Católica cura de misa y olla que recordó con entusiasmo la expedición guerrero-piadosa del gran Cisneros; estadista de verano que por bó con textos sacados de su cabeza la obligación en que estamos los españoles de civilizar el Africa, como si no estuviéramos más obligados á civilizarlos antes á nosotros mismos. Retozaba en todos los labios y repercutía en todos los oídos la letra y la música de aquel himno rampón del año 59, en que se decía á cada paso:

«Guerra, guerra al infiel marroquí!

Y es que no en balde los moros pasaron siete siglos en España. Se fueron, sí, pero la mitad, por lo menos, de su sangre africana pasó á nuestros pechos y corre hoy por nuestras venas. Nuestro odio es como el suyo, insaciable. Para los mahometanos somos siempre los perros infieles que no pudieron someter á su ley, que disfrutaban los que fueron bienes suyos, ganados con la fuerza de sus armas y el empuje de su brazo. Para nosotros son ellos los eternos enemigos de la cruz, los que ocuparon nuestras tierras, dominaron nuestras ciudades y levantaron sus mezquitas frente á frente de las iglesias consagradas á Jesús. Vive en nosotros todavía aquel espíritu que inspiró el Romancero; palpita en campos y lugares el sentimiento que en 1212 nos llevó á las Navas de Tolosa y en 1492 nos abrió las puertas de Granada. En el programa de las fiestas y zambras populares que se celebran en las aldeas con ocasión de santos y ferias, figuran luchas entre moros y cristianos, en las cuales los primeros, naturalmente, son vencidos; en la procesión de Semana Santa en Toledo uno de los armados lleva arrastrando por los suelos, detrás del Santo Sepulcro, una bandera en que hay pintada una media luna, y todavía las madres asustan á los niños cantándoles, cuando lloran, al mismo tiempo que les mecen amorosamente en su regazo.

«Duermete niño chiquito que viene la reina mora preguntando é casa en casa, dónde está el niño que llora.»

De aquí que ellos estén deseando ofendernos y nosotros darnos por ofendidos. La menor noticia del más ligero rozamiento despierta sentimientos que sólo están aletargados, odios no dados al olvido. La epopeya de la reconquista pasa y repasa ante los ojos, guerreros que ciñen deslumbradoras armaduras, mesnadas y concejos que van al combate persuadidos de que al mismo tiempo que una altura van á conquistar el paraíso, y sobre ellos, dominándolo todo con su gran masa blanca, envuelta en una aureola de luz, Santiago y los ángeles que ganaban en el aire las batallas que los hombres reñían en el suelo.

Pero cuando pasa el calor de los primeros momentos y se deja oír la voz de los hombres sensatos, viene la reflexión á calmar los perturbados espíritus. No, no se promoverá una nueva guerra. Por dolor que nos cneste el confesarlo, no estamos en disposición de sostenerla. Podíamos morir, y moriríamos si fuera preciso; pero no podemos entrar en campaña con probabilidades de triunfar. Cuando Isabel I dió su céebre testamento hubiéramos podido llevarle á cabo; éramos uno de los pueblos más viriles y más ricos de la tierra. Pero gastamos la fuerza en luchas estériles é infecundas, el dinero en locas empresas, y hoy nos encontramos gastados, débiles y pobres. Entonces podíamos haber llevado la civilización al Africa; hoy no podríamos llevar allí más que el triste resultado de nuestras locuras, el espectáculo de nuestra decadencia. Fuimos fuertes y duros de corazón, justo es que ahora nadie tenga misericordia con nosotros. Tenemos muchas culpas que llorar. Y quizá sea ese nuestro castigo: ver que otros se enseñorean de Africa y llevan su influencia á ese país que soñamos creado por Dios para nosotros.

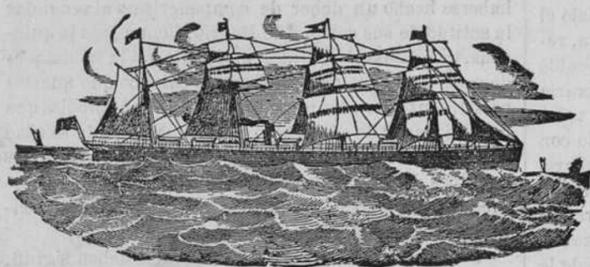
No, no habrá guerras por ahora. El sultán dará las satisfacciones que nuestros diplomáticos le pidan. Y quizá mañana, cuando ese pueblo, nuestro hermano, nos reconozca como tal, quizá entonces se alegre España de no tener sobre su conciencia más sangre que la que tiene.

EUGENIO DE OLAVARRÍA Y HUARTE.

Imprenta de EL PROGRESO

á cargo de B. Lanchares, Salesas, 2, duplicado.

## ANUNCIOS



SERVICIOS  
DE LA  
**COMPañIA TRASATLANTICA**  
DE BARCELONA  
VAPORES-CORREOS Á PUERTO-RICO Y HABANA  
con escala y extensión á las Palmas,  
Puertos de las Antillas, Veracruz y Pacifico.

Salidas trimestrales

De Barcelona, el 5; Málaga, el 7 y Cádiz el 10 de cada mes, para Palmas, Puerto Rico, Habana y Veracruz.

Santander el 20, y Coruña el 21, para Puerto-Rico y Habana.

Barcelona, el 25; Málaga el 27, y Cádiz el 30, para Puerto Rico, con extensión á Mayagüez y Ponce, y para Habana, con extensión á Santiago, Gibara y Nuevititas, así como á La Guaira, Puerto Cabello, Sabanilla, Cartagena, Colón y puertos del Pacifico, hacia Norte y Sud del Itsmo.

VIAJES DEL MES DEMARZO

El 30, de Cádiz España.

VAPORES-CORREOS A MANILA

con escalas en

Port-Said, Aden y Singapore, y servicio á Ilo-Ilo y Cebú

SALIDAS MENSUALES DE

Liverpool, 15; Coruña, 17; Vigo, 18; Cádiz, 23; Cartagena, 25; Valencia, 26, y Barcelona, 1.º, fijamente de cada mes.

El vapor *Isla de Luzón* saldrá de Barcelona el 1.º de Abril.

Todos estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros, á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebaja por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales, para emigrantes de clase artesana y jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año, si no encuentran trabajo.

La Empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

Para más informes en

Barcelona: La Compañía *Trasatlántica*; y Sres. Ripol y Compañía, plaza de Palacio.—Cádiz: Delegación de la Compañía *Trasatlántica*.—Madrid: D. Julian Moreno, Alcalá.—Liverpool: Sres Larrinaga y Compañía.—Santander: Angel B. Pérez y Compañía.—Coruña: D. E. de Guardia.—Vigo: D. R. Carreras Irigorri.—Cartagena: Bosch hermanos.—Valencia: Dart y Compañía.—Manila: Sr. Administrador general de la Compañía general de Tabacos.

### EL PROGRESO EN 1885

QUINTO AÑO DE SU PUBLICACION

La importancia adquirida por EL PROGRESO, que á los cinco años de existir figura entre los tres ó cuatro periódicos de mayor circulación de España, á la cabeza de los de gran tomo, le impone deberes para con el público que de tan extraordinaria manera le ha favorecido.

Por esta razón todo sacrificio para corresponder á los favorecedores que nos dispensan nos parecen insuficiente y nuestros esfuerzos irán encaminados á consolidar la predilección con que nos distinguen.

### LA REFORMA AGRÍCOLA

Periódico quincenal de intereses materiales.

Se regala á los suscritores de EL PROGRESO que paguen por semestres adelantados con todos los beneficios establecidos para los suscritores directos como son: la adquisición á plazos ó con notables rebajas, de toda clase de máquinas é instrumentos agrícolas, plantas, semillas sementales, obras notables de agricultura y la contestación gratuita á las consultas que se dirijan á las Oficinas cultivativas de *La Reforma Agrícola*, Serrano, 48, principal.—Madrid.

### BIBLIOTECA FOLK-LORICA

A. GUICHOT Y COMPAÑIA EDITORES

SEVILLA

Rvn.

1.º *Biblioteca de las tradiciones populares españolas*, escritas por todos nuestros mitógrafos y folk-loristas. (En los primeros volúmenes se publican: «Colecciones de caentos, Fiestas y costumbres. Supersticiones y mitos, Folk lore de Madrid, Juegos infantiles, Folk lore de dibujo, etc.») Publicación trimestral en bonitos tomos de 300 páginas, algunos ilustrados con grabados. Precio de tomo para el suscriptor..... 16

### COLON EN ESPAÑA

Esta obra, por más de un concepto interesante y nueva y recientemente publicada bajo los auspicios del Excmo. Sr. Duque de Veragua, se halla de venta en las principales librerías de Madrid, al módico precio de CUATRO PESETAS

Los pedidos pueden hacerse al almacén Romero, Preciados 1, administrador de la obra.

### GERMINAL

Hija LEGITIMA y EN DOS TOMOS

DE

E. ZOLA

Se compromete á hacer pasar á V. agradables ratos por 6 pesetas.

Librería de *El Cosmos editorial*, Montera, 21

### Diccionario

HISTÓRICO, BIOGRÁFICO, CRÍTICO Y BIBLIOGRÁFICO DE EXTREMEÑOS ILUSTRES

POR

DON NICOLÁS DIAZ Y PEREZ

Única obra para estudiar la historia de todos los hombres célebres que ha dado Extremadura desde los tiempos de Roma hasta nuestros días. Saldrá á luz por cuadernos de 40 páginas, en folio español á dos columnas; buen papel y esmerada impresión. Irá ilustrada la obra con retratos, esmeradamente ejecutados, de los extremeños más ilustres. El cuaderno que contenga lámina sólo constará de 24 páginas de texto.

El precio de cada cuaderno en toda España será de 1 peseta. Los suscritores de provincias anticiparán con el primer cuaderno el valor de 5, para no tener interrupciones en el recibo de los que vayan publicándose.

La obra constará de 60 á 70 cuadernos. En las cubiertas de los mismos se publicarán los nombres de todos los señores suscritores.

Se admiten suscripciones en casa de los Editores, Sres. Pérez y Boix, Madrid, Manzana, 21 y en las librerías de D. A. San Martín, Puerta del Sol 6 y Carretas, 39; D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo 2; Murillo, Alcalá y D. Leocadio López, Carmen, 13